

Alguien ha leído su libro
y otros relatos

XIII Certamen Internacional
de Relato Breve sobre
Vida Universitaria
“Universidad de Córdoba”

UCOPress



Editorial Universidad de Córdoba

Alguien ha leído su libro
y otros relatos

XIII Certamen Internacional
de Relato Breve sobre
Vida Universitaria
“Universidad de Córdoba”

Alguien ha leído su libro
y otros relatos

XIII Certamen Internacional
de Relato Breve sobre
Vida Universitaria
“Universidad de Córdoba”

UCOPress



Editorial Universidad de Córdoba

Alguien ha leído su libro y otros relatos. XIII Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria
Córdoba: UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba
12 x 19 cm, 136 pp.
THEMA: FX

ALGUIEN HA LEÍDO SU LIBRO Y OTROS RELATOS

XIII CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATO BREVE
SOBRE VIDA UNIVERSITARIA “UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA”

© Los autores

© UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba, 2022

Campus Universitario de Rabanales

Ctra. Nacional IV, Km. 396. 14071 Córdoba

Tel.: 957 212 165

www.uco.es/ucopress · ucopress@uco.es

Esta edición ha sido cofinanciada por la Biblioteca
Universitaria de la Universidad de Córdoba

eISBN: 978-84-9927-730-1 (PDF)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INDICE

Presentación.....	9
CATEGORÍA SENIOR	13
Alguien ha leído su libro.....	15
Los puños mojados.....	21
El compañero de piso.....	27
Disonancia.....	33
Una simple cuestión de gusto.....	41
Aprender la lección.....	47
En plato frío.....	55
Aquella universidad.....	61
Revolución.....	67
El incendio.....	73
CATEGORÍA JUNIOR	79
Mi papel.....	81
La historia de nunca acabar.....	87
Comienzos para Laura.....	93
Carta de amor y recuerdo.....	99
Torrijas.....	103
Aquel piso húmedo.....	109
Nos veremos pronto.....	115
Una eterna estudiante universitaria.....	119
Maldito trabajo.....	125
La mejor etapa de tu vida.....	129

Presentación

La Universidad de Córdoba convocó en 2019, en el marco de la festividad del libro, el *XIII Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria*. Se pone así de relieve el interés de nuestra institución educativa por alentar las vocaciones y hábitos culturales de la comunidad que tutela y, en general, de la sociedad a la que presta y debe sus servicios. La apuesta por la creación literaria y por la expresión de la libertad artística a través de la palabra son señas de identidad de nuestra universidad. Este certamen, además, ha sido una excelente oportunidad para transmitir estos valores a la ciudadanía local, provincial, nacional e internacional.

La decimotercera convocatoria de este certamen mantuvo el éxito de participación de ediciones anteriores: 239 relatos (modalidad senior: 155 relatos; modalidad junior: 84 relatos) procedentes de España, resto de Europa (Gran Bre-

taña e Italia), América (Argentina, Bolivia, Brasil, Canadá, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, Estados Unidos, El Salvador, México, Perú, Uruguay y Venezuela) y Australia. Como en ediciones anteriores, ha sido muy amplia la representación cordobesa, andaluza y española.

El jurado de este *XIII Certamen Internacional*, cuyo fallo lo hizo público el día 29 de enero de 2020, valoró la alta calidad literaria de los relatos presentados, así como la originalidad y creatividad narrativas, que hicieron del fallo una decisión compleja pero, finalmente, unánime. Dicho jurado estuvo formado por las siguientes personas:

Presidencia:

Alfonso Zamorano Aguilar,
*Vicerrector de Acceso y Programas de Movilidad
de la Universidad de Córdoba.*

Secretaria:

Esperanza Jiménez Tirado,
*Coordinadora del Club de Lectura
de la Universidad de Córdoba.*

Miembros:

M.^a Paz Aguilar Caballos,
Profesora Titular de Química Analítica.

Soledad Gómez Navarro,
Catedrática de Historia Moderna.

M.^a del Mar Granados Machuca,
Profesora Titular de Medicina y Cirugía Animal.

M.^a del Carmen Liñán Maza,
Directora de la Biblioteca Universitaria de Córdoba.

Pilar Montesinos Barrios,
Catedrática de Ingeniería Hidráulica.

María Rosal Nadales,
*Profesora Titular de Didáctica
de la Lengua y la Literatura.*

Antonio Sarsa Rubio,
Catedrático de Física Atómica, Molecular y Nuclear.

Agradezco, a todos/as ellos/as, su entusiasmo, dedicación y aportaciones.

El relato ganador de la modalidad senior, “¿Alguien ha leído su libro?”, presentado bajo el pseudónimo “Aurelio Marco”, y escrito por Juanma Velasco Centelles (Castellón), nos traslada mediante un lenguaje cuidado, metafórico y no exento de ironía, a la clase inaugural de un curso académico de la asignatura de Derecho Romano. Mediante un desarrollo que podemos calificar de trampantojo académico se van sucediendo los acontecimientos, engranados por una precisión en buena parte cimentada sobre una prosa cuajada de certeras adjetivaciones. El lector queda imbuido en una realidad que tan solo al final revela su irrealdad, sumergiéndonos en una sorpresa no exenta de humor, a la vez que muestra una cómplice empatía con el proceso de aprendizaje en las aulas universitarias.

Por otra parte, en el sorprendente relato ganador de la modalidad junior, “Mi papel”, presentado bajo el pseudónimo “Myosotis”, su autora, Paula Díaz Marquiegui (Alicante), nos hace una alegoría del camino de la vida reflejado en un observador, que en cierta forma nos lleva al mito platónico de la caverna mientras que mediante sutiles pinceladas literarias, nos desgana una galería de personajes cotidianos que se mueven en una colmena como la de Cela. El final, mostrado desde el principio sin mostrar, es un atractivo más de esta narración, que también es un homenaje a una parte esencial de la Universidad y que constituye una de sus razones de ser.

El conjunto que aquí se presenta, una vez más, es una muestra de la vitalidad de la narrativa contemporánea en el ámbito novel. La Universidad de Córdoba contribuye así a potenciar la creación humanística como elemento esencial de una sociedad plural, rica y civilizada, donde la literatura permite al individuo manifestar su subjetividad, crear mundos más deseables, efectuar críticas diversas o, simplemente, refugiarse en el poder y la magia de la palabra, del lenguaje, que, como ya hemos reseñado en otras ocasiones, es, con orgullo, aquella capacidad cognitiva que nos hace genuinamente humanos/as.

ALFONSO ZAMORANO AGUILAR
Vicerrector de Acceso y Programas de Movilidad
Comisión de Biblioteca UCO

CATEGORÍA SENIOR

Alguien ha leído su libro

JUANMA VELASCO CENTELLES

1^{er} Premio

El aula presentaba uno de esos llenazos como no se volverían a dar a lo largo del curso. El día inaugural suele catapultar la curiosidad lectiva de los matriculados, máxime en primero de grado.

Una nebulosa de rostros posadolescentes de las más variadas tipologías, con alguna incrustación madura de vocación tardía, aguardaba con expectación la irrupción del profesor de Derecho Romano, un tipo panzón, con voz de crátera, que hacía sudar la nota, según referencias, de ordinario dadas a la hipérbole, de los veteranos, y que no toleraba que los alumnos tontearan con los móviles en su clase. El clásico hueso en la jerga académica, un fémur de diplodocus, como precisó con ocurrencia algún alumno histórico que probablemente acabase suspendiendo la asignatura.

Con seis minutos de demora, un tipo panzón, aunque sin excesos, con cráneo a la intemperie

y que ya no cumpliría los cincuenta accedió al aula acallando, con su mera presencia, el algo más que murmullo que se había desatado ante la expectación del debut y por el retraso del potencial profesor.

—El de la camiseta del Che, sí tú. —El señalado, melena atrabiliaria, con restos todavía de acné, al percatarse, tras apuntarse interrogativamente a su esternón con el índice, de que era él el aludido, ni siquiera intentó replicar. Su rostro adoptó parecido asombro al que hubiera compuesto si le hubieran comunicado que padecía cáncer de páncreas—. Sí, tú, el obvio, el que a sabiendas de que es él, lo pregunta con la mímica —se retomó con mordacidad el docente que hacía honor a los antecedentes que sobre él disponían los que atestaban aquella aula recargada de CO₂—. No voy a tolerar símbolos políticos en mi clase, de cualquier signo. Así es que, si alguno o alguna está pensando que seré permisivo con la cara de Franco o de Fernando VII, se equivoca. Únicamente si venís con una camiseta serigrafada con la efigie de Marco Aurelio no solo lo toleraré, sino que sumaré un punto más en vuestra calificación cuatrimestral. ¿Prevaricación? ¿Cohecho académico? Llamadlo como queráis.

El silencio se volvió ensordecedor. Si alguno de aquellos universitarios neonatos había diseñado en su imaginario particular un primer en-

contronazo con la sublimación de lo erudito que se le suponía a la Universidad, en ningún caso era aquel.

Ninguno de los más de doscientos presentes en el recinto se atrevió a interrumpir la pausa dramática que el catedrático había introducido para impresionar, para atemorizar. Ninguno tampoco desvió la atención a sus móviles y no precisamente por la advertencia previa sobre su persecución, sino por el interés *per se* que la intervención teatral de aquel brontosaurio del derecho había suscitado entre el colectivo de espectadores.

—Ya, no me digáis más. ¿Quién coño es ese Marco Aurelio?, estáis pensando. ¿Algún *you-tuber* que se os escapa, un *influencer* pedante que se hace llamar como un emperador? Uy, he pronunciado emperador. Y estamos en la asignatura de Derecho Romano. Igual, alguna, alguno hasta asociáis conceptos.

—¿Por quién nos toma, señor? —irrupió una voz femenina desde una de las últimas filas—. Subestima nuestra capacidad, nuestro horizonte de conocimiento. Estoy segura de que no soy la única de la sala que ha leído las *Meditaciones* de su al parecer ídolo.

Y al instante, aquella chica a la que le pendía una cola de caballo tan larga como las figuras de El Greco, portadora de gafas de atesorar rarezas escritas, a juzgar por la pausa, igual de

dramática que la del profesor, pero por motivos distintos, se apercibió de que le había servido al catedrático el cava de la ejecución sumaria del grupo en una cubitera con hielo traído ex profeso del glaciar del Baltoro.

—Te esperaba. Suele haber una insumisa o insumiso en cada grupo, alguien que se rebela contra lo convencional, ¿tu nombre? —casi exigió.

—Natalia, pero mis más cercanos me conocen como Nalia.

—Nalia (si me permites la cercanía) ha intentado salvaguardar vuestro honor generacional a tenor de su protesta ante mi alocución de bienvenida, pero debo deciros que ella no es sino una anécdota, un islote, casi un arrecife en este océano de vulgaridad cultural. ¿Cuántos han leído las *Meditaciones* de Marco Aurelio? Gracias, Nalia, por tu inocencia, bienintencionada, pero favorecedora de mi causa. Levantad la mano. Advierto que preguntaré sobre la obra a quienes alcen gratuitamente sus brazos para desenmascararlos, por si fueran impostores.

Una epidemia de brazos caídos prosiguió a la encuesta de una sola pregunta.

—¿Nadie? ¿Nadie más? —Quien todavía no se había presentado nominativamente parecía refocilado ante aquel desierto lector.

—¿Algo que añadir, Nalia?

La chica negó con la cabeza y sumió la mirada sobre un punto impreciso de la estancia,

quizá sobre su ortocentro si los volúmenes lo tuvieran.

El nuevo silencio parecía, por lo denso, ridiculizar al anterior. Una de las puertas se abrió de improviso y accedió a aquella aula magna de la Facultad de Derecho de aquella universidad con pedigrí otro tipo panzón, aunque también sin excesos, con el cuero cabelludo también al descubierto y los cincuenta rebasados. Portaba un maletín de los antiguos, de los que ya no se estilaban, incluso con combinación de apertura. A la pandemia de silencio la sustituyó, de súbito, una más recrudescida de estupor.

Una voz que parecía emanar desde el interior de un ánfora etrusca se hizo fuerte en la excelencia de la acústica de la sala.

—Mi nombre es Martín Miralles, y como ya habéis comprobado en el directorio (mi foto no aparece en él), voy a ser, de hecho ya lo soy, vuestro profesor de Derecho Romano. Quiero agradecer, un año más, la colaboración de Natalia, Iván y sobremanera de mi buen amigo Ricardo Dorón; si necesitáis de los servicios de un actor profesional, él es vuestro hombre. Lo podéis encontrar en Instagram.

La chica con la interminable cola de caballo, el chico con la camiseta del Che y el aludido como Ricardo Dorón abandonaron sus posiciones (en particular los dos primeros) y una vez ganado el estrado, a instancias del autoatribui-

do, parecía que este sí, catedrático, saludaron al unísono, con brevedad, mientras aquellos pimpollos universitarios dudaban entre aplaudir o maquillarse para camuflar su asombro.

Acabaron por aplaudir. Con ardor, aliviados, acompañándose de vocerío y de algún bravo. El nuevo, y parecía que definitivo, titular de la cátedra intervino con energía para reconstruir el silencio.

—Me resultarán indiferentes los símbolos políticos que llevéis en vuestras vestimentas mientras no puedan asociarse a dictaduras. Y también amo a Marco Aurelio. Sus *Meditaciones* constituirán lectura obligatoria, y calificable, en la asignatura. No regalo puntos sin merecimientos y os aconsejo más lecturas y menos YouTube, pero ni soy vuestro padre, menos vuestra madre y ni siquiera vuestro tutor. Y sí, voy a ser ese fémur de diplodocus que estáis interiorizando. Se acabó el instituto, deberíais quedaros con esta moraleja de la *performance* de hoy, pretendía ser algo más que un efectismo, una bofetada de aterrizaje. Comenzaremos por los orígenes del derecho romano. Os sugiero tomar apuntes, a conciencia, mis explicaciones constituyen el grueso del temario.

Un crujir de folios electrizó la atmósfera del aula y aquella voz siderúrgica se remontó sin mayores nexos al siglo VIII antes de Cristo.

Los puños mojados

MARÍA LAURA MASSOLO

Accésit

Primero me dijo: “si no lo hacés, es porque no querés”. No lo esperaba. Creí que, cuando le comentara que había visto el programa de la carrera, que me pareció maravilloso, iba a decirme que, para una madre de tres hijos, la universidad era un imposible. Supuse que iba a cuestionar mis obligaciones para con nuestros hijos, el horario del curso de ingreso complicando la cena. Pero me desafió: “si no lo hacés, es porque no querés”.

Me inscribí.

Soporté y resolví las trabas, la hecatombe, los obstáculos. Un día compré un cuaderno y manejé hasta la Facultad, el auto era un muestrario de papeles de caramelos y migas de galletitas.

Aprendí un nuevo oficio, el de delegar, pero la culpa me hacía exagerar las instrucciones que dejaba en todos los lugares de la casa, el volumen de las bolsas de compras, la cantidad de

comidas pre hechas y el brillo en las caritas de los chicos siempre recién bañados.

La mayoría de los alumnos era menor que yo. Tenían en claro cómo hacer los trámites, dónde conseguir los apuntes, en qué asignaturas debíamos inscribirnos. Aplicaban un lenguaje para mí desconocido. Me sentí rara, insegura, obsoleta. Tenía el pelo impregnado de frituras, las manos con olor a cebolla, la ropa ajada, el pelo descuidado por el apuro. Alguna vez, al escribir, comprobé que los puños de mi blusa habían llegado mojados.

Eran tres materias: Historia, Filosofía y Sociología. Me gustaron las tres. Mucho.

A medida que nos fuimos conociendo, mis compañeros se solidarizaron conmigo. Que tuviera tres hijos les resultaba extraordinario. Me preguntaban cómo me las arreglaba para estar cursando. A veces les contaba las peripecias: salir de casa con la más pequeña haciendo berinches colgada de mis polleras, volver y encontrar un caos, tener que revisar cuadernos vencida por el sueño, comer sobras frías en medio de pegotes y fideos aplastados en la mesa. No les contaba, por supuesto, los desplantes de mi marido, los reproches velados, la cara larga, las ironías, el enojo o el asombro que intentaba disimular. “Si no lo hacés, es porque no querés” me había dicho. Quizá porque jamás creyó que realmente lo haría.

Más de una vez, tuve que faltar; alguno con fiebre, mi marido que no llegaba a tiempo, mi madre que no podía venir y juzgaba un disparate que me hubiera propuesto estudiar. Mis compañeros me ayudaban, daban el presente por mí, me alcanzaban apuntes, me contaban las clases. Y yo estudiaba como podía, mientras podía, cuando podía, entre los pañales y el supermercado, con el lavarropas funcionando todo el tiempo, con interrupciones innumerables, con reuniones de padres en el colegio.

Historia me fascinó. El final de la dictadura determinó una revisión que nos llenó de novedades y sorpresas. Seguí las cátedras, absorta, poniendo toda la atención posible durante las clases, único espacio verdaderamente mío.

En Sociología descubrí libros que siempre hubiera querido leer y entendí mejor el mundo. Filosofía, directamente, me deslumbró, como un caudal de entendimiento que me alejaba, con generosidad, de las cuestiones domésticas para poder adentrarme en las preguntas trascendentes de los hombres.

En casa me costaba leer, no me concentraba, había perdido la práctica de la lectura de textos: muchos años de saber solo de papillas y sarampiones, mucha rutina elegida con amor, pero sin renglones ni páginas.

Y llegaron los exámenes. Aprobar significaba el ingreso a ese mundo nuevo. Pero, para

mi sensación de insuficiencia, la meta resultaba inalcanzable.

Fui nerviosa, temblando, consciente de que mi único patrimonio era el de haber prestado atención durante las pocas clases a las que pude asistir, segura de los baches, convencida del aplazo. Y transpiré copiosamente durante las tres pruebas, sin la menor duda del fracaso.

La tarde que había que ir a buscar las notas, el auto no arrancó. Mi marido salió, con la más chiquita en brazos y cara de visible malhumor. Yo estaba llorando de impotencia. Un vecino intentó empujarme, pero no hubo caso, así que se ofreció a llevarme. La cara de fastidio de mi marido se me quedó pegada a la nuca.

Así llegué a la facultad, llorosa, acompañada por un desconocido. Y tarde. Muy tarde. Quizá ya hubieran dado las notas.

A lo lejos, desde el estacionamiento, vi a todo el grupo de mi promoción en la galería. Uno de ellos me saludó con el brazo en alto y los demás lo imitaron. A medida que avanzaba, empezaron a aplaudirme. Pensé que celebraban, a modo de broma, mi tardanza, y me dio vergüenza. Pero no: me estaban esperando. Querían felicitarme porque mis notas habían sido las más altas de la promoción.

Después, fueron otras cosas, la separación, la necesidad de trabajar, algunas materias saltadas, muchas dificultades. La carrera quedó

trunca. La libreta universitaria, ahora guardada en un cajón, está llena de monigotes y garabatos de colores por mis hijos. Pero no me pesa. Elegimos, caminamos por nuestras elecciones, crecemos, recordamos. Y atesoramos.

Aquel breve periodo de vida universitaria fue y será inolvidable. Tengo un tesoro, en mi saber y en mi memoria; oigo, todavía, el rumor inconfundible de las aulas. Celebro, al menos, haber pasado por ellas y, sobre todo, haber descubierta mis propias capacidades, las que, incluso, me ayudaron a tomar decisiones drásticas pero certeras. Las que les sirvieron a mis hijos, años después, para emprender sus propios caminos, sus propias metas.

Y hasta es probable que, algún día, aun sostenida por un bastón, decida volver, llevar esa libreta llena de dibujos, mostrar mi orgullo de haber cumplido, al menos, con aquel sueño que quedó pequeño en tiempo, pero enorme en riquezas.

El compañero de piso

MIGUEL ÁNGEL MOLINA JIMÉNEZ

Cuando lo metieron en el box no lo reconocí.

Las últimas horas de cada guardia siempre ando un poco embotado. A pesar de los cafés y las bebidas energéticas que intercalo entre politraumatizados y ancianos moribundos, no se puede decir que las termine muy despejado.

–Castillejos, ¿puedes oírme? –la enfermera con la que compartía la guardia se dirigía a él como si le conociera—. Abre los ojos. Vamos, haz un esfuerzo.

Sólo cuando pronunció su apellido mis neuronas entablaron conexión. Fue como meter la cabeza en el cajón del congelado del frigorífico, me espabilé de una.

–¿Castillejos? ¿Manolo Castillejos? –pregunté incrédulo.

Inconsciente, abotargado y con un cuerpo consumido, donde no quedaba vestigio alguno de la robustez que yo recordaba, estaba claro

que el aludido no me iba a sacar de dudas. Lo hizo la enfermera en su lugar, quien le buscaba el pulso mientras medía su fiebre con un termómetro digital de precisión.

—Sí, ¿también lo conoce usted?

—Fuimos compañeros de piso durante mi primer año de carrera. Aquello era un auténtico caos, tuve que dejarlo para poder centrarme en los estudios.

La enfermera, algo más joven que yo, me miró entonces desconcertada.

—Yo he estado en ese piso muchas veces —dijo con un hilo de voz, como quien desvela un secreto un tanto vergonzante—. No me extraña que se fuera, las fiestas de Castillejos eran memorables. Que les pregunten a los vecinos del edificio y a la policía si no.

No cabía lugar a duda, se trataba del mismísimo Manuel Castillejos. Su piso, situado estratégicamente frente a la Facultad de Medicina, era un constante ir y venir de gente. Las juergas que allí se organizaban eran míticas, no sé las veces que tuve que despejar el piso de borrachos bien entrada la mañana. La mayoría estudiantes de Medicina, al menos todos los que entonces vivíamos con Castillejos lo éramos. Todos menos él, que decía estudiar Derecho a un promedio de asignatura por curso. Era lo que podría llamarse un repetidor con solera.

–Esto tiene toda la pinta de tratarse de una intoxicación etílica severa.

Sabía de largo que mi diagnóstico era prejuicioso, poco digno de un profesional. Pero es que el historial de Castillejos y ese olor avinagrado que desprendía... Vamos, que aquello se arreglaba con un sencillo lavado de estómago y un par de botes de suero.

–Qué triste, ¿no? –dijo entonces la enfermera.

En ese momento, no sabía a qué se estaba refiriendo con exactitud. Sencillamente, Castillejos se había pasado un poco con el vodka con naranja y alguna sustancia más: cannabis o hachís, a los que era muy aficionado.

–Este hombre le tenía pánico a la soledad –prosiguió la enfermera, poniéndose de un místico que me llegó a incomodar–. Siempre creí que se valía del piso y de sus fiestas para estar rodeado continuamente de estudiantes.

No sé por qué razón lo pregunté, supongo que me picó la curiosidad.

–¿Sabe si llegó a terminar Derecho?

La enfermera contestó sin quitarle el ojo a Castillejos. Aunque lo habíamos colocado en la posición lateral de seguridad, por si vomitaba, la manera de mirarlo, como una Dolorosa de estampa, era lo bastante elocuente para dar a entender que le inspiraba lástima.

–Cuando yo le conocí estaba más cerca de los treinta que de los cuarenta, creo recordar

que decía estar elaborando una tesis doctoral de nombre indescifrable. Sin embargo, nadie se creía que hiciera tal cosa.

—Tampoco es tan extraño —dije en su defensa—, Castillejos se tomaba sus estudios con mucha calma.

—Tuve un novio en la Facultad de Medicina. Durante un tiempo fue compañero suyo de piso, al igual que usted. Por lo que él me contaba, nunca lo vio estudiando o haciendo otra cosa que no fuera organizar la siguiente juega. Ni siquiera tenía libros o códigos de Derecho en su dormitorio. Su carrera universitaria era pura invención, se las daba de alumno veterano porque aquello le otorgaba cierta jerarquía dentro del grupo, lo hacía... cómo decirlo, más carismático. Pero a mí entonces ya me daba pena, lo tenía por una persona demasiado frágil. Tenerlo aquí delante y en este estado no hace sino confirmar lo que nadie supo advertir.

Se dio la vuelta y abrió un cajón cuyo contenido estuvo removiendo en busca de algo. Me quedó la sensación de que la enfermera, al girarse, me ocultó una lágrima. Segundos después, sacó una linterna de inspección ocular que me alargó con la mano en un gesto cargado de intención.

A Castillejos los párpados le pesaban como losas. Cuando logré levantarle con los dedos uno de ellos apunté el haz de luz en dirección al ojo liberado. No me dio tiempo a preguntar por

el piso ni cómo se ganaba la vida, el amarillo intenso de la esclerótica me hizo olvidarlo de inmediato.

–Ictericia –anuncié sobrecogido.

La enfermera levantó la mirada al techo del box y exhaló un suspiro de resignación. Acto seguido, desprecintó una jeringa y una aguja para extraer una muestra de sangre que se mandó al laboratorio.

No era necesario conocer los niveles de bilirrubina y creatinina del paciente para saber que el problema radicaba en su hígado. Había visto muchos casos similares, así que mandé traer un ecógrafo de inmediato.

–Inflamación, tejido necrosado, tumores nodulares –mi voz sonaba impersonal, fría, impropia de quien está diagnosticando una cirrosis en su fase terminal. Por suerte, mi antiguo compañero de piso no estaba en disposición de escuchar nada. En ningún momento, desde que entró por la puerta de Urgencias hasta que lo trasladamos a la UCI, recuperó la consciencia.

«Familiares de Manuel Castillejos, preséntense en el box número tres», se escuchó en la sala de espera por megafonía.

No se me ocurría peor manera de terminar una guardia que transmitiendo malas noticias. La supuesta familia convocada se concretó en un par de jóvenes con evidentes síntomas de embriaguez.

—Somos compañeros de piso —dijo uno de ellos.

—Bueno, la verdad es que el piso es de Castillejos —aclaró el otro—. Por lo visto lo heredó de sus padres, así que se podría decir que es nuestro casero.

Crucé una mirada con la enfermera. Por su cara, no era yo sólo al que semejante revelación había pillado por sorpresa.

—¿Estabais de fiesta? —pregunté aun conociendo la respuesta de antemano.

—Sí, Castillejos nos deja hacer lo que queramos —volvió a intervenir el que parecía tener más facilidad de palabra—, siempre y cuando le dejemos participar. Bebe mucho, ¿sabe? Pero no monta numeritos, es de los que controla. Cuando se ha desplomado en medio del salón nos ha dado un susto de cojones, por eso hemos llamado a la ambulancia.

—¿Sabéis si tiene familia?

—Que yo sepa, no —dijo uno de ellos.

—¿Es grave? —preguntó el otro.

Me resultó extraño ser testigo de la última juerga de Castillejos. Tanto como comprender que yo formaba parte de una de aquellas promociones de alumnos de Medicina que habían contribuido a mantenerlo. A él y a su famoso piso. Sin atenderme a la pregunta, respondí con una indirecta:

—Será mejor que vayáis buscando otro lugar donde terminar el curso.

Disonancia

ROCÍO SÁNCHEZ LÓPEZ-IBÁÑEZ

Irene Ros le llamó la atención desde el principio. Parecía más pequeña que sus compañeros: ¿la habrían adelantado de curso? Se sentaba en la primera banca y tomaba apuntes con aplicación, sin duda era brillante. Una vez preguntó algo, pero en voz baja y desviando la mirada: ¿timidez patológica o circunstancial por ser nueva en la universidad?

Pero lo que dejó de cuadrarle se produjo al cabo de unos veinte días: Irene continuaba allí, anotando, mas su cerebro parecía andar muy lejos. “Bueno, ¿y qué? –reflexionó él– ¿Voy a preocuparme ahora por fruslerías de jóvenes? ¡Allá cada uno con su vida privada!”. No era sólo eso, sin embargo, y su mente científica y analítica lo llevaba a concluir, de forma inevitable, que había una disonancia, algo que no encajaba. ¿Cómo desvelar el misterio? Pero..., ¡qué loco! ¿Y si no existía tal misterio? ¡Se es-

taba obsesionando con una alumna! Eso podría calificarse, cuanto menos, de chocante.

Un día planteó un problema en la pizarra.

—¿Podrías resolverlo, Irene? —trató de que su petición sonara casual.

Ella bajó la cabeza sin decir nada.

—¡Irene! —insistió. Por alguna razón se sentía culpable, como si no estuviese jugando limpio.

—Yo... No... —su voz era entrecortada y suplicante.

—¡Está bien, no pasa nada! ¿Un voluntario?

El trimestre se desarrolló sin novedad. Irene escribía automáticamente, con cara inexpresiva. No participaba, no formulaba preguntas...

“Sería bueno hablar con ella. ¡Oh, has perdido el juicio! ¿Qué alegas, que hay una disonancia en su comportamiento? ¿que no está todo como debería estar, según tu criterio? ¡Olvídale! Ni siquiera sabes cuántos alumnos tienes, cada uno con su vida... ¿Qué mosca te ha picado? Pero... parecía tan brillante... Y ahora...”.

Pasó la Navidad y el último día de enero tuvo lugar el examen cuatrimestral. Esta primera prueba solía descorazonarlo: el nivel del Bachillerato era cada vez más bajo. ¿Y las universidades? ¡Iban a peor! ¿Qué formación tendrán nuestros investigadores?

Entregó las copias. Cinco minutos después, Irene se levantó y le depositó el folio en su mesa. Caminaba mirando al suelo.

—¿Ni siquiera lo intentas? ¡No pierdes nada!

La joven se echó a llorar y salió atropelladamente del aula. Ahora sí: ¡debía aclararlo! Lo que fuera que le sucediese interfería en su vida académica, ¡y ahí estaba autorizado a entrar!

Las clases se reanudaron a mediados de febrero. Esta vez, el profesor fue resueltamente hacia ella:

—Quisiera hablar contigo. Te espero a la una en mi despacho, si te viene bien.

Irene asintió con un gesto, desviando la mirada.

A la una en punto se oyeron tímidos golpes en la puerta.

—¡Adelante!

Entró despacio, cerrando sigilosamente tras ella.

—Toma asiento, no te quedes ahí pasmada. Mírame, te ruego; es desconcertante dialogar así. Bien, mejor ahora. Veo que te pasa algo y te he llamado para ofrecerte ayuda, si es posible. ¿Tienes problemas con las clases, dudas...? Pero... ¡No!

Irene había prorrumpido en desconsolado llanto; unos sollozos que afloraban atropelladamente, como si los hubiera reprimido durante largo tiempo. El profesor la contempló turbado durante unos segundos, sin saber qué hacer.

—¡Tranquila! —exclamó al fin ofreciéndole un pañuelo.

—¡No! ¡No podré, no podré!

—¡Calma! ¿Qué no podrás?

—Estudiar una carrera, dedicarme a la ciencia... ¡soy un fracaso! Me han engañado. Siempre tuve buenas notas; todos decían que llegaría lejos...

—¿Quién dice que eres un fracaso? ¡Me pareciste muy brillante desde el principio!

—Era mentira; no sirvo para nada, no memorizo nada; ¡y la culpa es mía! ¡Lo he hecho todo mal!

¡Ajá! ¡Ya empezaba a cuadrarle! ¿Cómo no se le ocurrió antes?

—¿Tienes problemas de sueño?

Ella lo miró sorprendida.

—No duermo bien desde finales de octubre; y es que pienso siempre en eso, en que lo he hecho mal...

—No te tortures. Imagino que lloras con frecuencia, que no puedes disfrutar de nada...

—Ya no escucho música: ¡no la merezco! Antes me gustaba tanto...

—¡Basta! Ni eres mala, ni has fracasado, ni tu personalidad ha sufrido un cambio irreversible. Según todos los indicios, estás viviendo una depresión. Pura química, fallo en la transmisión serotoninérgica. Es una dolencia como otra cualquiera, ¡la plaga de nuestro siglo de hecho! Pero anda tan estigmatizada... No entiendo el porqué. Te aconsejo visitar a un especialista; la

medicación adecuada podrá curarte. Cuanto antes atajes el problema, mejor.

—¡No es eso! Yo tengo la culpa, me equivoqué...

—¡Falso! Se trata de pensamientos distorsionados por la propia enfermedad.

—¡No merezco vivir!

—¡Pobre! ¡Déjalo! ¿Quieres dedicarte a la ciencia? ¿Aplicamos desde ya una estrategia científica? Estás haciendo afirmaciones sin fundamento, autoinculpatorias; no se corresponden con la realidad. Creo que sufres depresión y que te ayudará visitar a un especialista. Puedo haberme equivocado, pero no pierdes nada si lo intentas. ¡Vamos, no llores! Ahora tengo que irme. Ven a verme cuando lo necesites, ¿de acuerdo?

—¡Gracias! —exclamó Irene con voz ahogada. El profesor le tomó la mano.

—¡Ánimo! Y piensa en lo que te he dicho.

Al día siguiente no apareció por clase. ¿Habría tenido él la culpa? ¿La habría intimidado, presionado? Pasaron las semanas, los meses..., hasta que una mañana de junio acudió al Departamento.

—¿Podría hablar con usted?

¿Había perdido parte de su timidez? ¿Sonreía incluso?

—Vengo a darle las gracias —aún desviaba ligeramente la mirada.

—¡Cuánto tiempo, me alegro de verte! ¿Cómo estás?

—Es para usted —dijo entregándole algo envuelto en papel de regalo.

—¿Por qué? ¡No tenías que haberte molestado en...!

—Era cierto, no estaba equivocado. Me diagnosticaron depresión, ¿cómo lo supo?

—¿Te encuentras mejor ahora?

—Sí, gracias. Estoy tomando medicación. Pero, ¡es increíble! Un cambio tan grande... Un sufrimiento tan...

—Durísimo, en efecto; y bastante incomprendido. Mas dejemos de recrearnos en ello. ¿Qué me has traído?

Retiró el envoltorio y se quedó atónito: ¡los Diálogos de Galileo en edición facsímil! ¿Cómo lo había adivinado? ¡Su debilidad! ¡Galileo, el primer científico moderno! Alguien que sustituyó la ciega autoridad por las pruebas, la experimentación, la observación..., y que fue víctima de la ignorancia y el fanatismo imperantes.

Estos recuerdos lo asaltaban entonces, ocho años después. Irene había leído su tesis y el Tribunal no albergó ninguna duda: *CUM LAUDE*. La mejor de todos sus doctorandos, con diferencia. Llegaría lejos.

—¿Traigo la carta de postres?

El camarero lo sobresaltó. Estaban comiendo en la cafetería para celebrarlo. ¡Ay, aquella

niña tímida! ¿Hasta qué punto había contribuido él al desarrollo de su carrera? Aún le resonaba en el cerebro el eco de las últimas palabras que Irene pronunciara en el acto:

“Quiero agradecer muy efusivamente al profesor Robles, sin cuya inestimable ayuda hoy no estaría aquí”.

—¿Le ocurre algo?

Irene estaba a su lado.

—Bueno..., ¡ahora te toca a ti! Espero que tengas éxito. Cuando uno va soltando alumnos por el mundo, siente el paso inexorable del tiempo.

—Nunca olvidaré lo que ha hecho por mí. Si no me hubiera rescatado el primer año...

—Lo hubiese hecho otro. Vamos, de nada sirve jugar con realidades paralelas.

—Disculpen.

Acababan de llegar con los postres, circunstancia que agradeció el profesor. Tenía un nudo en la garganta. Tosió para disimularlo y se aprestó a echar azúcar al café. No, no quería enturbiar la magia del momento con sus lágrimas. “¡Qué sensiblero andas! Te estás haciendo viejo” —se reprochó internamente; y esbozó una tímida sonrisa.

Una simple cuestión de gusto

JESÚS ESPAÑA RODRÍGUEZ

El sonido de un disparo es decepcionante.

O, al menos, nada tiene que ver con el que se recrea en las películas de gánsteres. A esa conclusión llegamos todos los que, aquella mañana de miércoles, nos encontrábamos lo suficientemente cerca de la sala del examen como para percibir la detonación.

Un operario, que se encontraba en un baño adyacente reparando un espejo roto, dedujo que era un petardo, lanzado por algún alumno con fobias académicas y filias pirotécnicas. A una chica que pasaba cerca de la puerta, doctoranda de química y usuaria habitual de la biblioteca de la Facultad de Artes, le pareció oír una palmada y cuando, a posteriori, se le informó de la verdadera naturaleza de aquel discretísimo estallido, declaró con bastante sorna que había presenciado mayores estrépitos en su primer año de prácticas en el laboratorio, cuando al-

gún novato burlaba la vigilancia del profesor de turno y mezclaba sustancias azarosamente. Yo, que de imaginación siempre he andado escaso, obedecí a la lógica del contexto en que me encontraba y pensé, iluso, que un libro de grandes dimensiones había caído al suelo.

Las otras cuatro personas que oyeron aquel petardo-palmada-libro eran las que se encontraban en el interior del aula. Ellas, por el contrario, obviaron la “decepción” del ruido que sí tuvimos los que estábamos fuera y se concentraron en la “ilusión” que provoca un arma de fuego en el ánimo de cualquiera que la empuñe o tenga delante: el frío mortecino que empapa la mano que la sujeta, la acidez en la garganta al escrutar su negrísimo diseño o la ratificación de que los agujeros de bala en el cuerpo, con su limpia entrada y su devastadora salida, son, esta vez sí, exactamente iguales a los del cine.

“Ya lo verás”, era la frase que, indefectiblemente, me espetaba Julio cada vez que le preguntaba por el tema de su trabajo final de carrera. “¿Cuándo lo acabarás?”, le devolvía yo a continuación, con una sonrisa en la cara, preparando su siguiente respuesta en un ritual que, con el tiempo, se convirtió en nuestra tradición privada: “cuando lo acabe”. Éramos, en efecto, yo Julio II y él Miguel Ángel, porfiando el uno

por vencer la numantina resistencia del otro y poniendo a prueba el otro la tibetana paciencia del uno.

Como, por falta de originalidad, yo no temía en absoluto que mis investigaciones fueran objetivo de espionaje alguno por parte de mis compañeros de curso, no tardé en revelarle todos los entresijos del mismo a mi amigo. Cine. Un obstinado análisis, plano por plano, de un film de cine negro. Eso y, en cuanto defendiera mi proyecto frente al tribunal, a casa, a abrazar a mamá y a trabajar en el negocio de papá: una empresa de papel en la que el día que más cerca estaría del arte y sus misterios sería aquel en el que, con plantilla y pintura, algún sujeto anónimo imprimiera mi nombre y apellidos en el cristal de la puerta del que sería mi despacho durante treinta y cinco años. Demoledoramente fácil. Tan falto de pasión que devenía pintiparado para el estilo de vida con el que yo había estado fantaseando desde que tuve uso de razón: uno alejado de cualquier tipo de tribulación.

Resultaba insólito que Julio, estando su personalidad en las antípodas de la mía, fuera mi mejor amigo en la carrera de Bellas Artes. Puedo evocar el primer día que lo vi: jersey gris de pico, los cuellos de una camisa blanca retorciéndose en su cuello, pelo incipientemente ceniciento alborotado, vaquero azul y botas de piel. Lo recuerdo, mucho más que por

su atuendo, por su silencio inicial. Tardo más de tres semanas en demostrar que sus cuerdas vocales funcionaban y, un día, en mitad de una clase, bufó mientras se debatía en torno a la obra de Van Gogh. Alguien alabó la “maestría” del neerlandés y Julio, con una muy calculada indignación y a través de un pequeño discurso que, seguramente, había memorizado a fuerza de repetirlo, rebatió lo dicho mediante un alegato que abogaba por la pasión, la de este pintor y la de todos los pintores que hubieran existido, frente a una habilidad que menospreció para, finalmente, retar a alguno de los presentes a que le desplegara una definición de la expresión “técnica pictórica” que en alguna forma pudiera atemperar los instintos asesinos que se le habían despertado. Como ninguna le satisfizo, y valorando lo encarnado que se estaba tornando su semblante, fue conminado a “...salir al pasillo y reflexionar en torno a las diferencias entre la pintura renacentista florentina y la veneciana...”, como le dijo, textualmente, el catedrático que nos impartía Arte Contemporáneo. “Demasiada pasión”, fue la primera frase que le dirigió cuando me lo encontré, horas más tarde, en la cafetería, sorbiendo un café con total displicencia. Tras rascarse lentamente el moflete izquierdo y enarcando las cejas, replicó: “Demasiadas facultades de Arte”.

Tras lo que yo suponía el golpe de un libro contra el suelo se sucedió una rápida cadena de acontecimientos. Un grito agudo y un sonido metálico precedieron a la abrupta apertura de las puertas. Julio apareció siendo transportado en volandas, reducido por dos de los miembros del tribunal. Aunque nuestros ojos se cruzaran sé que él me miró sin mirar. El suyo era un rictus de alucinado que demostraba, a todas luces, que había encontrado aquello que llevaba tanto tiempo buscando pero que, por desgracia y para maldición suya, el descubrimiento no le había gustado. Me cuesta olvidar, por encima de todo, esa pesadumbre.

Las puertas, aún batientes, parecieron incitarme a entrar. Me abandoné a su danza y franqué lo que en aquel momento no podía ser otra cosa que un umbral no ya a lo desconocido sino al horror mismo. Bordeando el teatro de butacas me encontré con la zona alta, donde se impartía el magisterio. En extremo brillante, inyectada de vida gracias a un hilo de luz que se proyectaba sobre ella desde una ventana cercana, se deslizaba, por debajo de una mesa, una irregular mancha rojiza. En medio de la misma, como un islote, como un moderno edificio erigido en el mar, se alzaban dos zapatos de tacón negros. Una irregular perforación, rodeada de diminutas salpicaduras granate, decoraba el

muro que se encontraba frente a mí. En terrible alarde me coloqué de puntillas, ambos pies en los márgenes del lago viscoso que en el suelo se estaba generando, y apoyé las palmas de las manos encima y debajo del orificio de la pared. Aunque, con el paso y peso de los años, mis gustos artísticos se han transformado un poco, he de decir que en aquel momento, narcotizado por la obscena temeridad de la juventud, con la mente anestesiada por la banda sonora que suponían los gritos de auxilio que hacían eco en los pasillos, solo pude colegir una cosa: para nada entendí la pesadumbre de Julio; aquel era un trabajo más que decente, una elaboración limpiísima y sincera, una obra que me recordaba muchísimo a los *buchi* de Lucio Fontana.

Aunque, claro está, esa era solo mi opinión. Todo es, como dijo algún *connoisseur*, una simple cuestión de gusto.

Aprender la lección

RAÚL CLAVERO BLÁZQUEZ

Uno.

Es imposible describir el dolor de un latigazo. Va más allá del músculo y de la sangre. Ataca directamente a la conciencia, a la voluntad de seguir siendo. Lacera sin compasión la solidez de todo aquello en lo que crees, y te convierte de pronto en un niño desnudo en mitad de una tormenta.

Dos.

Son rápidos, como dentelladas de un animal pequeño y cobarde. Muerde y huye. Cada res-tallido anticipa el impacto. El sufrimiento, por tanto, es doble. Apenas queda espacio para pensar o para sentir un mínimo alivio entre cada uno de los golpes.

Tres.

Cuando mi madre me visita, se acucilla junto a mí en silencio. Sé que he traído la vergüen-

za a la familia y sólo espero que ellos no sean también castigados.

Cuatro.

Me detuvieron por hablar mal en mi asignatura de la familia real. Nunca pretendí ser subversivo, ni demasiado crítico, simplemente quise que mis alumnos aprendieran a serlo.

Cinco.

Por algún motivo, decidieron que mis clases no sólo atentaban contra el gobierno, sino también contra los valores religiosos, los valores morales, la moral pública y la vida privada.

Seis.

La condena: diez años de cárcel y mil latigazos, repartidos durante cuarenta viernes consecutivos en cómodas sesiones de veinticinco azotes con una vara de avellano en cada una.

Siete.

Esta es mi cuarta semana. He perdido la cuenta de todas las marcas que adornan mi cuerpo, y a estas alturas ya tengo claro que no soy un héroe.

Ocho.

La primera vez me desmayé antes de que acabaran. La segunda, se ensañaron con mis piernas y no pude caminar durante cuatro días.

En la tercera aguanté sin gritar hasta el final, quizá ellos fueron más benévolos, quizá yo me voy acostumbrando a la violencia.

Nueve.

Amina, en el silencio te recuerdo, susurro las letras de tu nombre, y te pido perdón.

Diez.

Los torturadores saben hacer muy bien su trabajo. Te dejan creer que sigues vivo mientras te anulan por completo, borran cuanto te convierte en un ser distinto sobre este miserable planeta y, cuando terminan contigo, ya no eres más que una carcasa vacía, un amasijo de huesos con forma de hombre.

Once.

¿Merece la pena la libertad de expresión? ¿La libertad de reunión? ¿El pensamiento crítico? Puede que sea mejor hacer lo que me digan, ser lo que ellos quieren que sea.

Doce.

No sé si habrán cerrado la facultad por mi culpa. Hace unos días me pareció reconocer al decano, pero no estoy seguro. Pasó esposado por delante de mi celda. Lo conducían hacia la segunda planta. Lo último que vi de él fue su espalda congestionada en llanto.

Trece.

Ser profesor fue siempre mi vocación, el único destino posible de mi viaje. Transmitir todo el conocimiento posible. Estimular la duda, la curiosidad. Si sobrevivo, ¿podré seguir enseñando? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Para quién? De entre las universidades del país que se peleaban por contratarme, ¿alguna aún se acordará de mí?

Catorce.

El olor de Amina al atardecer. Sus manos delicadas y firmes, hechas de arena y sombra, preparadas para acariciar la cabeza de un enfermo o el estómago de un recién nacido.

Quince.

La piel se retuerce sobre sí misma, se endurece y se clava despacio sobre la carne. Mi propio cuerpo me hiere, y me dan ganas de reír al darme cuenta de que eso es lo que he estado haciendo desde mi primera infancia: herirme, lanzarme al vacío, a pozos cubiertos de barro y espinas sin que nadie me obligue.

Dieciséis.

Mi mente, por ejemplo, también conspira contra mí. Sé que está apuntando datos, guardando, en rincones inaccesibles para cualquier interrogador, todos los detalles de esto que me está sucediendo. Sé que me impulsará a contar mi experiencia delante de toda mi clase cuando salga de aquí. Si salgo de aquí.

Diecisiete.

No lo hagas, por favor, no lo hagas. Recuerda: tus alumnos no son tan importantes. No necesitan saber cómo funciona el mundo para seguir viviendo. Es más, para seguir viviendo es mejor que no sepan cómo funciona el mundo.

Dieciocho.

¿Y qué voy a hacer si no? Al fin y al cabo, no soy más que un triste profesor universitario.

Diecinueve.

Algo, probablemente una astilla desgajada de la fusta, ha penetrado en mí limpiamente hasta rozar uno de los nervios de mi espalda. Me he desplomado.

Veinte.

No sé cuánto tiempo he permanecido en el suelo. Cuando me han levantado, estaba cubierto de vómito y, al incorporarme, se me ha caído el saco de esparto con el que cubren mi cabeza. He escuchado un murmullo a mi alrededor. Estoy en un patio que no conozco de la prisión, rodeado de personas que me miran con hastío y de cuatro paredes que se extienden hasta el infinito. Allá, al fondo, un minúsculo cuadrado de cielo quiere tentarme con la fantasía de una vaga esperanza, pero no, yo sé que todo está perdido.

Veintiuno.

Deciden terminar por hoy sin taparme de nuevo los ojos.

Veintidós.

A veces me gustaría creer en Dios.

Veintitrés.

A veces me pregunto cuáles habrán sido los titulares en la prensa extranjera sobre mi detención ¿Habrá habido titulares sobre mi detención?

Veinticuatro.

A veces imagino la vida de Amina sin mí. Si yo no hubiera existido, ahora mi esposa sería feliz. No puedo dejar de pensar en ello, y al hacerlo soy consciente de que me han derrotado y que no han tenido que esforzarse demasiado para conseguirlo. Me han convencido de que sobro, de que soy dañino y, seguramente, dentro de unas semanas creeré que tenían razón cuando me acusaron de atentar contra el orden público, la religión, la moral y la vida privada.

Veinticinco.

El último es un latigazo blando, desgano, similar al manotazo despreocupado que se le dedica a un insecto insignificante. Cuando me desatan ni siquiera necesitan conducirme de regreso a mi celda, soy yo quien se da la vuelta y camina mansamente hacia el pasillo, con la

mirada hundida entre mis pies. He comprendido el verdadero significado de este castigo. No se trata de dañar, sino de someter. Han grabado la cárcel a fuego en lo más profundo de mis entrañas. Podrían soltarme ahora mismo en mitad de una plaza y continuaría estando preso. Han vencido. Han matado al hombre. Lo que no sé, lo que no podré saber hasta que no tenga un alumno frente a mí, es si también han matado al profesor.

En plato frío

ESTEBAN TORRES SAGRA

Acabo de llegar a la Facultad de Ciencias y no conozco a nadie. Es el primer día de curso y tiemblo como un flan ante las expectativas que se me plantean en esta nueva vicisitud, desconocida para mí e insospechada, pero emocionante y retadora al mismo tiempo. Era mi sueño desde niño, un sueño que ahora se ha hecho realidad después de horas y horas de estudio y privaciones, de clases particulares caras costeadas con el sacrificio de mi familia y exámenes infinitos superados con nota.

Ahora me viene a la memoria la imagen de mis padres, con lágrimas en los ojos, cuando les anuncié que había conseguido la plaza en esta Universidad tan prestigiosa. A mí también casi se me saltan algunas otras por empatía, por dolor, por alborozo, por egolatría, no sé...son muchas las sensaciones que se entremezclan en mi espíritu al evocar mi nuevo estatus. Mi

madre no paraba de abrazarme como si fuera el hijo pródigo de las Escrituras y mi padre saltaba sobre sus posaderas sin levantarse del sillón, tirando los mandos de la tele al suelo con la euforia y desperdigando las pilas. El orgullo que sentían por mi logro no tenía parangón ni antecedentes en mi saga, herederos y baluartes de una pequeña tienda de barrio que apenas nos daba para vivir entre penurias. Pero he de volver a lo real y aterrizar lo antes posible en la pista de este aeropuerto universitario.

Sigo recorriendo los pasillos buscando las aulas y los departamentos. Todo está vacío y en silencio y no encuentro a quién preguntar. Subo a la primera planta y, al terminar el último tramo de escalera, un ruido ensordecedor me anuncia, de pronto, una marabunta de gente, de gente saliendo a toda prisa de lo que parece ser el aula magna y dirigiéndose hacia mí. Tras el susto inicial, creyendo que ocurre alguna emergencia, aprecio que no se trata de eso. En un aparente caos sin control —valga el pleonasma— la turba se acerca a gran velocidad hacia mi posición y entonces decido apartarme con diligencia contra la pared para evitar que me engullan en su vorágine. Al instante, los que dirigen aquello detienen la estampida a base de gritos y desagradables pitidos de silbato, justo antes de mi atropello, y uno de ellos, el que parece liderar las opera-

ciones, con un flequillo insolente y pasado de moda, me espeta:

¡Eh, tú, puto novato! ¡Con su chaquetita y su corbatita viene a la Facu el niño pijo, recién peinadito por su mamá! ¿Qué te creías, que te ibas a ir de rositas? Cada día venís más tontitos— se ve que tiene predilección por los diminutivos y un odio cerval a la elegancia.

Mientras los demás se carcajean de su estúpida ocurrencia y sin darme tiempo a reaccionar, un huevo de gallina crudo, tamaño XL al menos, lanzado por él me impacta en la frente causándome más sorpresa que daño. Inmediatamente, fuera de mí, tras contenerme con mucho esfuerzo, intento dialogar con el petimetre:

¡Perdona, pero no sabes con quién estás tratando! Y tu conducta, más que reprochable, te puede costar muy cara, porque...

Esta vez una docena entera, una lluvia de yemas y cascarones, es la que me impide seguir razonando. Luego me empujan entre varios hasta el centro del grupo, donde todos los estudiantes, de la misma guisa que yo, pero en lugar de llevar traje y corbata, ataviados con batas empapadas en pintura, gorros de baño con orejas postizas de burro y los propios pabellones auriculares embadurnados burdamente con mercurocromo, por fuera de la goma del gorro de baño amarillo.

Una pelirroja, apartándose la clara que le chorrea por las comisuras de los labios con el

dorso de su mano izquierda, me dice en voz baja:

—No intentes enfrentarte a ellos o la tomarán contigo, que es peor. ¡Aguanta, que ya queda poco!

Parece ser que es el día de la “bienvenida oficial” a los recién llegados. El grupo me lleva en volandas con el avance de su comitiva, formada por más de setenta jóvenes con cara de pocos amigos, bastante hartos ya de las novatadas, las cuales empezaron siendo útiles en sus orígenes, una forma de vencer la timidez de los recientes universitarios y hacer que perdieran la vergüenza y conociesen gente, como una presentación gamberra en público que los desinhibiera.

Me vuelven a rescatar de las entrañas del grupo y pienso que por fin la sensatez se ha impuesto, pero solo es para untarme la mercromina y que no desentone con el resto al ser el único sin los pabellones auriculares del color de los pimientos morrones que quedaba y colocarme el gorrito gualda.

Al final me lo tomo con filosofía, puesto que no puedo hacer otra cosa y, tras más de dos horas deambulando por las instalaciones del recinto, al albedrío de los veteranos, que al final se acaban aburriendo de nosotros y van desertando, poco a poco nos vamos escabullendo de su vigilancia y el grupo se disuelve disimulada-

mente hasta desaparecer totalmente por el laberinto de pasillos.

Ya en los lavabos, me deshago del atrezzo, intento quitarme la pintura de las orejas y lavar me los restos de albúmina, pero me resultan imposibles ambas tareas por lo que mi aspecto de marciano resultón o de loco escapado del frenopático no tiene desperdicio.

Me presento en el claustro. Los profesores se retuercen de la risa al verme y sospechar lo ocurrido. Casi todos me piden permiso para hacerse un selfi conmigo.

En fin, estos son los inconvenientes de tener cara barbilampiña y de ser el catedrático más joven de Andalucía.

Los pros los apreciaré al final del cuatrimestre, cuando tenga que corregir los exámenes de Física al cipote del flequillo.

Aquella universidad

ELÍAS ARGÜELLO ALONSO

Era tarde para elegir nuevo país y pronto para arruinar la esperanza. Unos jóvenes, reunidos en el primer piso del café Comercial de la Glorieta de Bilbao de Madrid, viven sus veintitantos años con miedo, con más miedo que ilusión. Escuchan, sentados en sillas de tijera inestables, en torno a una mesa de madera mal acabada, un capítulo del libro *El laberinto español*, del Ruedo Ibérico.

Son las diez de la mañana de un sábado de diciembre. Ellos son nueve, posiblemente menos que los grises invisibles dentro del jeep aparcado justo delante del café. Son universitarios que han recorrido medio Madrid para escuchar la lectura de aquel libro prohibido y comentarlo, sabiendo además que, en aquel 1972, es más peligroso estar allí que en cualquier otra parte de la ciudad. Entre todos destaca Miguel, un maño que estudia Ciencias Políticas, lector

expresivo, escondido tras una barba descuidada y unas gafas de culo de vaso. Sus pausas dejan a los estudiantes, muchas veces, sin respiración:

—... su única arma sería la huelga, general y violenta.

—El anarquismo proclama más clara e inteligentemente que cualquier otro movimiento ibérico la resistencia del pueblo español contra la tiranía...

Si el frío les dejase lugar se sentiría el vuelo de las moscas. Aquel libro, que Miguel ha conseguido por mediación de un amigo de París, marchará con él cuando acabe la mañana. Algunos de los reunidos son comunistas, otros anarquistas, dos trabajan al mismo tiempo que estudian y todos tienen en común la experiencia de la dictadura, que ha castigado la vida de la mayoría, y el sueño de la libertad. Está toda la sociedad vigilada y controlada a través de aquellos grises visibles y de multitud de confidentes, invisibles, más peligrosos aún que la represora policía franquista.

Opiniones, en voz baja, sobre la forma de acabar con el poder que oprime sus vidas, miradas discretas por la ventana para vigilar al vigilante y silencios densos cuando el camarero, con camisa blanca, pantalón negro y pajarita, se acerca.

Al salir, siempre solos o en parejas, pasan bajo la mirada de los grises. Se saben vencido-

res de una pequeña batalla al perderlos de vista, en silencio van guardando en su memoria alguna de las frases de Brenan o los versos de León Felipe con los que han terminado la reunión.

“Franco...el sapo iscarriote y ladrón en la silla de juez repartiendo castigos y premios”

Ellos no saben que son frases nada tendenciosas, les han hecho creer que el diablo y la masonería inspira estos panfletos para conducir al infierno a quienes aún crean en él. Todos acabarán pasando por un coche abandonado para recoger unas octavillas que protestan contra un Consejo de Guerra que se celebrará en Zaragoza, contra unos estudiantes que protestaron ante el Consulado Francés. No existe la palabra garantía para quienes se enfrentan al pensamiento único excluyente en tribunales militares.

Aquellas octavillas le quemán en la mochila a Juan, sabe que, si le paran y le registran, no le libra nadie de la cárcel y de la tortura, intentando que “cante” cuánto sabe de sus compañeros. Tiene miedo, le faltan ojos para mirar si alguien le ve, si alguien le sigue, si aquel que viene de frente es policía secreta. Ha llegado desde Córdoba para estudiar y no ha olvidado la angustia que se respira en su casa, hijo de jornalero con ideas anarquistas.

—Podría ser ya lunes para ver los papeles en el suelo del hall de la facultad —no le gusta la cárcel ni para visitarla, aunque acostumbra a

ir cada semana porque van cayendo periódicamente sus amigos.

Juan llega a Cuatro Caminos, dejando al Manolo de la resistencia en el olvido, para comer en La Milagrosa y al salir decide entrar en un cine de sesión continua pagando 7 pesetas que le duelen en el alma porque no va sobrado de dinero. Juan recorrerá todo Madrid, metro y camioneta, para llegar a su casa cuando el día ya no tiene tiempo, la luna duerme y el amanecer tiene unas horas por delante. Tiempo de reposo, de recuerdos, de suspiros, de guardar las octavillas, en espera del lunes, para participar en la convocatoria a la huelga a todas las facultades.

Las octavillas vuelan en el hall de cada Facultad y queda convocada la manifestación para hoy martes a las doce. Crecen los grupos en el amplio paseo, frente a la Facultad de Medicina. A las doce y cuarto miles de estudiantes se encuentran reunidos y comienzan los gritos:

—¡Amnistía, libertad! ¡Amnistía, libertad!

Las tanquetas están en lugar retirado, pero visibles. Los grises, a caballo, se dirigen a la concentración de estudiantes, en perfecta formación. Algunos comienzan las carreras de huida, azuzados por el pánico, los más mantienen los gritos y alguna piedra aislada es la disculpa para la carga repentina. Las porras se elevan sobre sus cabezas, los cascos se cierran sobre los rostros de la policía, los jeeps hacen

visibles a más grises con armas de fuego y los caballos, espoleados, cabalgan hacia la manifestación. Golpes ciegos de porra, pisotones inconscientes de quienes se reconocen animales, insultos, más golpes y, finalmente, disparos. Los gritos desaparecen, las carreras son una desbandada, los grises golpean con sus porras a los estudiantes por la espalda y disparan balas de goma y botes de humo, unas al cielo, otras más bajas. El miedo, cuando giran la mirada, se refleja en el gesto de impotencia ante semejante carga. Cuatro insultos, unas cuantas piedras, dos consignas y la violencia incontrolada y sin medida. Quieren castigo, buscan culpables en la nada, necesitan enseñar su fuerza para esconder su debilidad.

Uno de aquellos caballos se acerca y una porra golpea la espalda de Juan que cae al suelo llevándose las manos a la parte posterior de la cabeza; el caballo se revuelve y el jinete se agacha para golpear sobre el bulto con saña.

Unos puntos mal curados destacan en un rostro hinchado y deformado. Ha pasado una semana y ya es preventivo político en Carabanchel. El Tribunal de Orden Público le condenará a cuatro años y si todo va muy bien podrá pisar el exterior en seis meses. Eternidad en aquel laberinto de dolor, resentimiento y odio. No tiene edad Juan para soportar la soledad de la injusticia y las visitas de los compañeros que-

darán como el lazo que anuda los sueños con la necesidad de la venganza.

Ardua tarea tachar los días del calendario cuando no sabes cuantos faltan. Dependes de un indulto, del humor de un carcelero o, soñar se puede, del fin de la dictadura, demasiado poderosa cuando se observa desde detrás de las rejas. Lentos los atardeceres y eternas las noches, lejos los sueños, vencidos por la violencia carcelera.

En el 2019 Juan no ha olvidado el miedo, tampoco la cárcel. Ha abandonado el deseo de venganza, si entonces soñaba ahora le cuesta levantar la vista de su existencia diaria. Casi todos ignoran que tuvo suerte, que muchos murieron por menos y a casi todos les faltó un espacio para recordar la vida que unos asesinos, en nombre de la paz y el orden, les robaron.

No es buena compañera la esperanza del olvido.

Revolución

FAUSTINO LARA IBÁÑEZ

En medio de una asamblea, Olmeda siente la vibración de su móvil. Piensa que debe ser uno de esos mensajes alentadores que recibe a diario desde que dos meses atrás iniciara, junto a otros jóvenes intrépidos, el encierro en la Escuela de Arquitectura; palabras de ánimo que ayudan a perseverar en su intento por defender una causa justa, loable, la causa de unos estudiantes inquietos, preocupados por su futuro, que abogan con entusiasmo y vigor por la aprobación de planes de estudios competitivos, coherentes y adaptados al tiempo actual; que persiguen el aumento del presupuesto para las becas de estudio, para ayudar a las familias más desfavorecidas; que buscan trabajos proporcionados y respetables con retribuciones dignas y competitivas, trabajos que no sean alevosos y que, lejos de resultar esclavizadores, ayuden a afianzar los conceptos adquiridos durante la

etapa universitaria desarrollando funciones que, en definitiva, hagan frente a la avaricia y vileza de todos aquellos empresarios ruines y miserables que no ven más allá de los límites de su beneficio económico. Aprovecha el discurso de uno de los líderes del movimiento estudiantil para echar un vistazo al móvil y responder con prontitud. Es consciente de que tienen el apoyo de otras escuelas y facultades y de una amplia red de medios de comunicación que recaban a diario toda la información que se ha generado durante la jornada. Sin embargo, en esta ocasión se trata del Ministro, un viejo conocido de su etapa universitaria con quien ya solo comparte las ruinas de un ideal quebrado, desvanecido, y las inalienables arrugas de la edad. Solo tiene que leer su mensaje un par de veces más para memorizarlo y creer que, bajo la sutilidad de estas palabras, se esconde el mensaje velado de una amenaza clara, contundente. “Olmeda, déjalo ya. Ya has hecho bastante el ridículo. Esta vez has ido demasiado lejos”.

El catedrático de Materiales de Construcción advierte que es un mensaje directo, que no da opción a la réplica ni al diálogo, unas palabras bajo las que subyace un mensaje demoledor. De pronto, Olmeda piensa en su chalé en una distinguida urbanización a las afueras de la gran urbe, en su lujoso apartamento de la playa con vistas al mar, en su selecta colección de coches

y en todas esas prebendas que ha ido recibiendo de constructores y subcontratas arribistas a lo largo de varios lustros en los que, aparejada a su labor docente, ha ejercido como arquitecto municipal de la gran urbe. Piensa en todo ello y se pregunta qué hace aquí, por qué se ha dejado engatusar por el mensaje revolucionario de jóvenes entusiastas a los que triplica la edad.

—Olmeda, no seas iluso —le dijo un compañero de la Universidad tras su última desilusión—. Podrías ser el padre de todos ellos. Dedícate a vivir la vida. Por fortuna, sus problemas no son los tuyos.

Durante un tiempo, Olmeda creyó que su compañero estaba en lo cierto, especialmente desde que aquella joven tan atractiva que le sedujo durante la visita al esqueleto de hormigón de un edificio majestuoso dejó de interesarse por él cuando, después de renunciar a encabezar una revuelta estudiantil, se fijó en un joven intrépido con el que no podía ni quería competir. La experiencia con aquella joven que podría ser su hija le hizo replantearse la relación con sus alumnos, le granjeó muchas enemistades en el entorno de la comunidad educativa y terminó por romper su deteriorado matrimonio.

Hasta que llegó Paula.

El torbellino. El huracán. Veinte años de pura adrenalina, de juventud tan arrolladora como sugerente. Ella, entusiasta y provocado-

ra, le hizo creer que el cambio, después de una crisis brutal, era posible y necesario. Cuando quiso darse cuenta, Olmeda ya estaba atrapado de nuevo en las redes de una joven espontánea, audaz, viva. Después de numerosas conversaciones y de la primera noche de sexo con ella, Olmeda creyó que, efectivamente, era posible y necesario un cambio; que solo había que poner de manifiesto aquello que sí se podía hacer desde las aulas universitarias: articular un discurso coherente, sensato y reivindicativo, y mostrarlo con acciones de fuerza, desde la misma Escuela, con un encierro sonado y arengando a los del exterior aprovechando la influencia de las redes sociales.

Sin embargo, el Ministro se lo ha dejado claro. Esta vez ha ido demasiado lejos. Esta vez, aunque sienta la necesidad de querer liderar una revuelta auténtica, verdadera, poderosamente auténtica y verdadera, aunque exista una especie de anhelo que pretenda certificar que está siguiendo el camino correcto, adecuado, cree que el Ministro tiene razón. Es la hora de retirarse y renunciar a un sueño, a un ideal. Los intereses de estos jóvenes ilusionados no son los suyos. Ya no.

Ahora es Paula la que toma la iniciativa de la asamblea. Olmeda observa cómo se refiere a sus compañeros con una ilusión desbordante. La joven tiene carisma y una intuición muy aguda.

Ahora no sabe cómo desacreditarla, cómo decir que es la hora de recoger los bártulos e irse de allí. No lo sabe, como no sabe las heridas que se abrirán en el ánimo de Paula, pero es consciente de que, si el Ministro ha tomado las riendas de este asunto, no puede andarse con titubeos y es por ello que, después de guardarse el móvil, pide silencio antes de agradecer a todos el esfuerzo que han hecho durante estas semanas, su implicación, pero que, lamentablemente, tiene que comunicarles que, aunque no han conseguido sus objetivos, el encierro ha llegado a su fin. De pronto, después de abrir el territorio hostil de la incertidumbre, ante decenas de gestos de incompreensión, estallan las protestas, las voces, los gritos de quienes quieren que no se rinda, que todavía hay mucho por lo que luchar. Sin embargo, Olmeda ya no tiene más palabras y piensa que, aunque las tuviera, estas ya carecen de sentido. En medio del murmullo generalizado, se dirige hacia su despacho para recoger sus pertenencias antes de iniciar la retirada definitiva. Avanza sin mirar atrás, con una sensación de desnudez, de desvalimiento, de desamparo, como si las palabras que acaba de pronunciar fueran el mensaje espurio de un condenado a muerte que, ante todo, busca su salvación personal.

—Olmeda, no puedes hacernos esto —le dice Paula, con el gesto contrariado, incapaz de

comprender lo que está pasando en la mente de quien considera es su pareja.

—¿El qué?

—No puedes retirarte. Estamos a punto de conseguir aquello que queremos. Solo tenemos que hacer un último esfuerzo.

Olmeda la mira a los ojos y acolcha su cuello con sus manos.

—Es hora de que lo dejemos ya, de que abandonemos. Ya hemos hecho bastante el ridículo. Esta vez hemos ido demasiado lejos.

Paula lo mira con incredulidad.

—¿Cómo?

Olmeda no sabe qué decir.

—Sabes que esto supone el fin de todo, ¿verdad?

Él lo sabe. Es consciente de ello.

—De todo.

Olmeda humilla el gesto y accede a su despacho para recoger sus pertenencias.

Sabe que es el fin de todo.

De todo.

El incendio

FRANCISCO SÁNCHEZ EGEA

Susana, bedel en el turno de mañana del edificio aulario, fue la primera en advertir el humo incipiente que se escapaba por la ventana del despacho del decano en el edificio principal, al otro lado de la pequeña placeta donde los fumadores se reunían entre clase y clase, vacía aquel 7 de diciembre por caer la jornada lectiva entre las festividades del Día de la Constitución y la Inmaculada Concepción. Dudó un instante. Sonrió con el gesto triunfal de los desagraviados por la justicia poética. Apagó el cigarrillo contra el cenicero de la papelera. Bisbiseó un “que se joda” y volvió a la portería desvistándose el cuello y la cabeza.

Julio, catedrático de Historia Contemporánea y triste segundón sin posibilidades en las quinielas para las próximas elecciones al decanato, dejó el dinero de la manzanilla que acababa de tomar a solas, pues Rafael, camarero de

la cafetería del profesorado, había salido a tirar la basura. Encaró el pasillo que le llevaba a su despacho y vio el humo escaparse por el hueco inferior de la puerta que cerraba el de su principal rival. Miró a un lado y a otro. Cuando se cercioró de que nadie lo había visto, se dirigió rápidamente a las escaleras. Bajó a la primera planta, entró a los aseos cercanos a reprografía, se encerró en el último baño y echó el pestillo con la idea de permanecer allí unos minutos, solo el tiempo suficiente, convencido de que las tragedias siempre favorecen a los opositores.

Cuando el sistema de detección activó la alarma, Raúl, limpiacristales a media jornada, la escuchó por encima del audiolibro de “El hombre y la gente” de Ortega y Gasset que reproducía su teléfono móvil, materia que debía tener interiorizada para los exámenes de febrero. Pensó que se trataba de una chiquillada y siguió con su labor. Al eliminar el jabón del ventanal con la escobilla, se encontró con la columna negruzca que se elevaba hacia el cielo.

Los estudiantes y los profesores que no habían alcanzado el pacto tácito del puente festivo salieron en tromba de las gigantescas aulas omitiendo, probablemente por desconocimiento, cualquier advertencia o consejo del Protocolo de Actuación ante Incendios de la universidad.

Raúl se escabullía hacia el foco del peligro a contracorriente de la estampida, entre la al-

garabía de los aterrorizados y aquellos que, ignorando la amenaza, corrían en dirección a la puerta con más jolgorio que preocupación. Llegó al pasillo que albergaba los despachos de los profesores, contempló con estupor las llamas extendidas, se dijo que ya era tarde para actos heroicos y se mezcló con la muchedumbre a la carrera en busca de la salida de emergencia más cercana.

Asustada por los gritos que sucedieron a la alarma estropeada desde hace años, Paula, bibliotecaria veterana del centro, mujer dramática y temerosa de Dios, salió temblorosa al hall principal. Entre la humareda que presagiaba un desastre inminente, observó cómo el fuego calcinaba los bancos de madera de la segunda planta. Con la intuición de que todo el edificio ardería, corrió a la hemeroteca, por fortuna en el semisótano, y se dirigió sin dilación a una carpeta concreta para llevarse con ella el periódico que, en su sección de Cultura, recogía el único relato que había publicado en su vida.

La facultad estaba prácticamente desalojada cuando las sirenas de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado llegaron al campus. En una sala del sótano, insonorizada y perdida entre pasadizos levemente iluminados, se reproducían los créditos de la distopía sobre la que venían debatiendo varios días Adrián, Eduardo y Nereida, miembros activos de un menospre-

ciado movimiento estudiantil. Abandonaron las catacumbas con la intención de coger algo de aire fresco antes de la tercera proyección de la mañana. La Universidad había sido invadida por una niebla oscura y asfixiante que dificultaba la visión en derredor. Nereida apoyó la espalda en la pared y se adentró en la calígene, un camino completamente opuesto al tomado por sus dos compañeros, que se dirigían al comedor sin más orientación que la rutina del trazado mil veces recorrido. Nereida fue palmeando con ambas manos la pared hasta dar con la boca de incendios, a la que rompió el cristal de un codazo. Alguien la agarró del brazo antes de que lograra desenroscar la manguera.

– ¿Qué cojones haces? –gritó Eduardo a su espalda mientras la arrastraba con fuerza hacia él.

– ¡No lo sé, hostia! ¡Algo! ¡Algo hay que hacer! –respondió ella forcejeando, la histeria revelándose en su voz aguda.

– ¿Estáis tontos o qué? –preguntó Adrián, víctima de una tos asmática que resaltaba su agitación nerviosa. – ¡Hay que salir de aquí ya! ¡Joder! –dijo antes de agarrar las manos de los otros dos y guiarlos hacia la calle por el baño, donde ni siquiera tuvieron que destrozar la ventana, porque ya lo había hecho alguien para escapar por ahí, a tenor de la sangre en uno de los cristales.

Horas más tarde, el noticiero radiofónico, tras abrir con la primicia de que el fuego en la principal universidad del país ya había sido completamente extinguido sin tener que lamentar heridos graves, informaba de que la Justicia había procesado al Gobierno en funciones por la presunta destrucción deliberada de los informes que, supuestamente, recogían la contabilidad de la última década del partido. El decano principió una mueca cínica que intentó ocultar ante el Consejo de Gobierno de la Universidad, reunido de urgencia, de la que solo se percató el tesorero. A lo largo de la tarde, mientras recibía cientos de llamadas que no podía contestar, había estado experimentando cierta compunción por el catastrófico devenir de los acontecimientos, totalmente inesperado y sin duda excesivo para su discreto propósito. Sin embargo, los remordimientos se apagaron con las llamas y, después de repasar mentalmente la causa para compararla con el efecto, se complació de lo ocurrido: más pronto que tarde, cuando se aburriesen de las administraciones autonómicas, los ayuntamientos y los partidos políticos, irían a por las universidades, y los incendios interiores tienen siempre ese cariz de accidente que reduce a cenizas cualquier presunción de culpabilidad.

CATEGORÍA JUNIOR

Mi papel

PAULA DÍAZ MARQUIEGUI

1^{er} Premio

Cuando llegué a esta universidad estaba más asustado de lo que pretendía reconocer. El primer día fue desagradable. Sin explicarme nada, me asignaron un número y me colocaron en mi puesto, donde sentí de sopetón las miradas de todos mis nuevos compañeros. Mientras trataba de acomodarme al sitio podía oír sus murmullos inquietantes y sabía que me estaban juzgando.

No logré relajarme hasta que, por fin, uno se dirigió a mí con amabilidad. Me preguntó por mi origen y por cómo había llegado allí, mientras el resto nos observaba con recelo. A lo largo de los días fui ganando confianza y no tardé en hacerme querer, porque era muy curioso. Hacía preguntas y, lo que era más importante, escuchaba las respuestas. A todo el mundo le gusta ser escuchado.

Así averigüé toda la historia de mi nuevo amigo, que estuvo encantado de explayarse.

Era muy anciano y tan sabio que a veces yo no comprendía su castellano anticuado y rebuscado. Tenía un miedo atroz a la tecnología, pues decía que acabaría por sustituirnos a todos. A otros, en cambio, les espantaban la vejez y el deterioro. Eran los que solían burlarse de él en alardes de ignorancia. Yo no solía hablar mucho con ellos, porque, aunque resultaban divertidos, carecían de profundidad.

Observar a las personas que transitaban la biblioteca se convirtió en mi mayor afición y lo sigo haciendo a día de hoy. Es un lugar fascinante en el que parece que no está ocurriendo nada y, en realidad, está ocurriendo todo. Para empezar, las miradas furtivas siempre llenan el ambiente. Se disparan incontrolables desde todas partes y vuelan en cualquier dirección. De vez en cuando, de forma imprevista, se cruzan. En esos momentos estallan chispas. En casi todas las ocasiones, la emoción del instante se dispersa y no ocurre nada más: se trata de un romance efímero que tan rápido como se presenta se desvanece en el aire. A veces he presenciado, con gran emoción, cómo una de las dos personas se atrevía a dar un paso más.

Algo que me encanta contemplar es la construcción de amistades muy fuertes entre compañeros de estudio. He asistido a guerras de lanzamientos de bolitas de goma, risillas contenidas, descansos para el café y guiños de complicidad

que animan hasta en una víspera de examen. Para mí es muy bonito ver cómo el apoyo mutuo y el compartir las mismas dificultades enriquece la experiencia de muchos universitarios.

Otra actividad entretenida es intentar clasificar a los tipos de personas que vienen. Hay gente permanente, que llega y se marcha todos los días a la misma hora. Se conocen todos de vista, saben quiénes son y se identifican entre ellos como una secta, pero nunca se saludan. En el lado opuesto están los experimentales, que varían de una biblioteca a otra según lo que les apetezca y son imprevisibles. Hay gente agobiada, que nunca toma descansos y lo pasa fatal, y gente relajada que desaparece nada más dejar sus cosas en la mesa. También me llama la atención la extraña relación que se establece entre los que hablan todo el tiempo por lo bajo y las personas que, como respuesta, les chistan desesperadas para que guarden silencio.

Luego estamos nosotros, observándolo todo. Por aquel entonces yo pensaba que esa era nuestra única función y, aunque lo disfrutaba, el ser inútil me hacía sentir cierta tristeza.

Pero hay un día que no se me olvidará nunca. Estuve un rato observando a una estudiante que no conseguía concentrarse. Salía de la biblioteca, entraba, resoplaba, garabateaba en su cuaderno, bebía agua, volvía a salir... Era de la clase de personas que están presentes en

cuerpo, pero no en mente. Tratan de obligarse a estudiar, pero no lo logran y la lucha contra sí mismas se hace evidente. Estoy acostumbrado a observarlas, resulta muy interesante.

Sin embargo, esta chica me sorprendió. Cansada de no hacer nada se levantó, cruzó la sala bordeando las mesas y se atrevió a internarse por el mundo de las estanterías. No parecía tener un objetivo claro y decidió dirigirse hacia nosotros. Nos observó detenidamente y, acto seguido, comenzó a deslizar los dedos por los volúmenes uno a uno. A medida que el peligro iba aproximándose mis nervios se incrementaron, pues nunca había tenido a un estudiante tan cerca. Mis peores temores se hicieron realidad cuando la chica se detuvo frente a mí. Noté cómo me separaba de mis compañeros y me alzaba para contemplarme. Deseé con todas mis fuerzas que no se diera cuenta de que estaba temblando.

Pero, para mi asombro, no me hizo daño. Me sostuvo con delicadeza y me contempló. Sus manos acariciaron mi cubierta. Apreció mi encuadernación, examinó la contraportada, se deleitó en mis páginas. Me llevó a su mesa y no se separó de mí en toda la tarde. Descubrí que esa sensación tan agradable era la que me llenaba. Gracias a ella, comprendí cuál era mi vocación.

En aquella época todavía estaba nuevo. Ahora, bastantes años después, me he vuelto amari-

lento y algunas de mis páginas han sido dobladas. En mi Índice hay una mancha de café. Los capítulos VIII y IX están todos subrayados y hace tiempo que se me rompió la contraportada. Estoy estropeado, como el viejo que me acogió el primer día. Sin embargo, lo que me da miedo no es el deterioro. Tampoco la tecnología, ni los humanos. A lo que yo tengo pánico es al olvido.

Por eso aquí soy feliz, me siento valioso. Recuerdo a cada persona que me ha tenido en sus manos desde aquella chica: a muchos estudiantes que, en silencio, han agradecido mi ayuda; a los que han disfrutado de mi lectura; a los que simplemente me han hojeado e, incluso, a los que tenían intención de estudiar conmigo pero al final no han tenido tiempo ni de abrirme. Guardo un cariño especial al hombre bajito que cada día me devuelve a mi estante y a la mujer que canta mientras me quita el polvo los viernes por la tarde.

Me hallo sumido en estos pensamientos cuando comienzo a notar nerviosismo entre mis compañeros. “¡Un nuevo!”, susurran. Es un gran acontecimiento para nosotros, acostumbrados a ver los mismos lomos todos los días. Empieza a correrse la voz por las estanterías. “Silencio”, les reprendo, “no os pongáis a chismorrear”.

El hombre bajito coloca a mi lado a un tembloroso libro mediano de color claro. El pobre

está tan asustado que no se atreve a dirigirnos palabra durante varios minutos. Los demás siguen murmurando, casi tan asustados como él. Al final decido sacarle conversación para que se relaje.

–Hola, bienvenido. ¿Cómo te llamas? – pregunto.

El libro parece calmarse un poco y se ríe. Claro, vaya pregunta estúpida, su nombre está en la portada.

La historia de nunca acabar

HELENA HERNÁNDEZ BUSTOS

Accésit

ALUMNO

Hoy es el primer día del curso. He llegado justo a tiempo. Tampoco importa demasiado si llegamos un poco tarde, el primer día no es tan importante y siempre se empieza unos minutos después de la hora. La profesora está esperando a que lleguen todos los alumnos, la clase ya empieza con cinco minutos de retraso.

Mientras esperamos me dedico a observarla, a ella y a la clase. Se nota que es su primer día, su traje bien planchado y elegante no oculta su nerviosismo, se retuerce las manos y parece que vaya a salir corriendo en algún momento. Seguro que no va a enseñarnos bien, no va a ser capaz de transmitirnos nada, vamos a acabar con menos idea que con la que empezamos el curso.

“Bu-buenos días chicos, soy la doctora Chamarín, Gabriela Chamarín. Estoy aquí para en-

señaros todo lo que pueda sobre pediatría, y en especial sobre la cirugía pediátrica”.

“Puff, empezamos bien, cirujana. Todos sabemos que los cirujanos no quieren enseñarnos, no les interesa que aprendamos, solo quitarse las clases de en medio. Otra clase a la que no pienso asistir” comenta una compañera a mi lado. Me da un poco de pena, con lo nerviosa que está la pobre. Bueno, ya aprenderá que a nosotros nos da igual, al menos a la mayoría, de todos modos nos vamos a comprar los apuntes y con eso seguro que se aprueba. En cualquier caso, dentro de dos semanas solo vendrán veinte personas como mucho.

“Como iba diciendo”, continúa la doctora Gabriela, “soy la nueva encargada de la asignatura, y sé que hay unos apuntes por ahí; solo quiero hacerles saber que he cambiado la mayoría de los temas ya que ha habido grandes avances en esta área de la medicina, especialmente en los protocolos”.

“Los seminarios”, prosigue la nueva encargada de la asignatura, “van a ser en esta misma aula, a manos de diferentes compañeros con los que luego haréis las prácticas. Vamos a usar Kahoot, creo que todos lo conocéis ya, y vamos a ver casos clínicos reales que yo misma he seleccionado”.

“Perfecto”, oigo susurrar a mi compañera de nuevo, “ahora nos dirá que no nos deja las pre-

sentaciones, que el examen va a ser complicado y que por eso deberíamos venir a clase, la misma cantinela de siempre, seguro que en realidad va a hacer un copia y pega con más diapositivas y sin ninguna organización. Y por supuesto las prácticas serán estupendas, cuando en realidad no vamos a ser más que fícus allí parados en la consulta de alguno al que le haya tocado”.

Dejo de prestar atención a mi compañera y me centro de nuevo en la Dra. Chamarín, al menos esa era la intención hasta que ha llegado mi mejor amigo. “Un poco tarde ¿no?”, le digo con una sonrisa socarrona, “las nueve es demasiado temprano para ti ¿verdad?”. “Totalmente”, me contesta entre risitas, “no te vas a creer lo que me ha pasado” responde, y sé que para mí se ha acabado la clase.

PROFESORA

Hoy es el primer día del curso, el primer día que daré clases. Estoy emocionada. Nunca me planteé ser profesora, investigadora sí, cirujana por supuesto, docente jamás. No sé en qué momento llegué al punto de amar la enseñanza, o cuándo tomé la decisión de ponerme en pie y dar el primer paso en esta dirección. En cualquier caso, hoy es mi primer día y parece que todas las mariposas de la ciudad han decidido meterse en mi estómago.

He estado preparando este curso durante meses, quiero que todo sea perfecto. He preparado cada hora, cada presentación, previendo las posibles dudas, que los conceptos más importantes queden resaltados, que el esquema general esté claro. He organizado los seminarios para que no sean una clase más y las prácticas van a ser todas con compañeros que tienen muchas ganas de enseñar.

He llegado temprano. Hace años que no recorro este camino hacia la universidad y he decidido hacerlo a pie. Hace demasiado calor todavía, pero este es uno de mis pequeños placeres de la vida. He atravesado el parque de Cruz Conde, y el colegio mayor, siempre me ha gustado el contraste entre el césped y el ladrillo de los edificios. He pasado la entrada de la biblioteca y saludado a los conserjes, y ahí está “la torre de colores”, o así la llamábamos en aquel entonces.

He llamado al ascensor, aunque al final he cambiado de opinión, lo suyo sería ir por las escaleras, hay que hacer ejercicio y no tengo tiempo para ir al gimnasio. Parecería que sigo siendo una estudiante de Medicina de tercer curso peleando por aprobar Microbiología, Farmacología y todas esas asignaturas con tantas “logías”, y sin tiempo para nada más que estudiar y ducharme. ¡Ay qué tiempos! ¡Y pensar que ahora soy yo una de esas profesoras con

un ego que me lo piso! Si llego a saber antes que no era ego, sino orgullo por un trabajo bien hecho...

Subo al tercer piso y busco mi nombre entre las puertas, y me recorre un escalofrío, ¿y si no soy capaz?, ¿y si me critican tanto como criticamos mis compañeros y yo a nuestros profesores en su momento?, ¿y si no consigo transmitir los conocimientos?, ¿y si...? ¡Basta ya de “y si”! ¡Se acabó! Has trabajado duro, llevas meses preparándote, cuentas con toda una vida de experiencia en un trabajo que amas, seguro que todo sale bien.

Con estos pensamientos en mente, reviso que la presentación funcione en los ordenadores de la Universidad, y salgo del despacho. Siento mi corazón palpar, todo tiene que salir bien. Bajo y me acerco al aula donde voy a dar mi primera clase. Respiro hondo y entro. Aún no ha llegado nadie, y comienzo con los “y si” de nuevo, ¿y si no viene nadie? ¿y si no me explico bien? ¿y si...? Y de nuevo, ¡Ya basta!

Espero a que entren todos los alumnos, sé que el primer día muchos llegan un poco tarde, así que les concedo cinco minutos de gracia. “Bu-buenos días chicos, soy la doctora Chamarín, Gabriela Chamarín. Estoy aquí para enseñaros todo lo que pueda sobre pediatría, y en especial sobre cirugía pediátrica”. Respira hondo, me repito.

“Yo soy Gabriela Chamarín”, me digo a mi misma, “y Gabriela Chamarín no se rinde jamás”. Entonces siento cómo gano fuerza, y cómo el amor por mi profesión gana la batalla contra el miedo.

Los observo, y me veo a mi misma ahí sentada hace ya tantos años, los recuerdos se me amontonan y vuelvo a preguntarme por ese primer paso que me trajo en esta dirección. Veo alumnos hablando entre ellos sin prestarme demasiada atención, y junto a ellos, otros que no solo no están hablando sino que transmiten ganas de aprender. Sé que es solo una primera impresión y no puedo dejarme llevar, soy consciente de cuánto trabajo me queda por delante.

“Como iba diciendo...”

Comienzos para Laura

SARA PÉREZ DE VILLASQUE CORTÉS

Primer día, nervios, muchos nervios, primeras impresiones y sonrisas a desconocidos que no sabes si serán tus compañeros durante los próximos cuatro años. Has elegido la ropa para que te vean bien, pero sin que parezca que te lo has pensado demasiado, como que ha sido lo primero que has cogido. Mentira. Te has cambiado la camiseta al menos tres veces y los pantalones, otras dos. “Bien, respira... madre mía esto es enorme, y qué mayor parece la gente aquí, pero ¿dónde vas tú con tu metro sesenta (es metro cincuenta y ocho, no sé a quién pretendo engañar)? Esto no es la universidad, es un bosque de pinos... Vale, ¡céntrate! Hay que encontrar la sala S015... ¿S015? ¿Pero qué...? De acuerdo, ahora estás en la universidad, se supone que eres una persona madura y responsable ¿no? Tiene que haber una secretaría, una recepción o algo donde te puedan indicar cómo

llegar a ese sitio... A ver... ¡Ah! ¡Ahí está! Bien hecho, si es que eres la leche”.

Hola, buenos días, buscaba la sala S015, tengo que estar allí en ... dos minutos.

Claro, es al final de aquel pasillo, cruza el hall y síguelo hacia la izquierda, la verás a mano derecha – dice una chica con una sonrisa desde detrás del mostrador.

¡Muchas gracias! –medio gritas mientras te alejas andando rápido porque llegas tarde, pero no demasiado, como si en realidad te diera igual, tampoco es cuestión de llamar la atención y que te llamen Usain Bolt los próximos cuatro años.

“S013, S014... ¡S015! ¡Perfecto, vamos, vamos, vamos!” Abres la puerta y, como no puede ser de otra manera, ya están todos sentados y se giran para mirarte. “Llegando tarde hasta el primer día, bien hecho, figura”. Buscas un sitio libre para sentarte disimuladamente, pero (¡cómo no!) solo están libres los asientos de la primera fila “siempre igual, de verdad ¿pero por qué siempre apuras tanto? Si ya te lo dice tu madre, es que no aprendes...” piensas mientras avanzas sin levantar la mirada, intentando esquivar mochilas, bolsos y pies y murmurando algún que otro “perdón”.

Finalmente, consigues llegar, te colocas y sacas una libreta y un lápiz, que al menos el profesor vea que tienes interés. Al parecer está

explicando de qué va la asignatura, cómo va a calificar los exámenes, qué trabajos va a pedir... y ya. Veinte minutos más tarde da por finalizada la presentación de la materia y os despide hasta la clase siguiente. “¿En serio? ¿ya? ¿pero y ahora qué hago yo hasta que empiece la siguiente clase?”. Te giras para ver qué hacen tus compañeros y ves que todos están recogiendo sus cosas y saliendo. No sabes si de verdad tienen claro dónde van a ir y qué van a hacer o si simplemente es que fingen mejor que tú, pero decides ponerte también en movimiento. “Que no cunda el pánico, busca la cafetería y espera allí, tómate un café... pero si a ti no te gusta el café, fantasma, no vayas de persona adulta. Mejor un Cola Cao... no, una cola mejor, que es menos infantil. Uf, menudo comienzo universitario...”.

Intentas corregir tus errores y llegas a la siguiente clase diez minutos antes de que empiece. Al parecer el resto de tu clase es muy puntual o es que se aburrían tanto como tú después de casi una hora sin nada que hacer. En el pasillo, junto a la puerta del aula, hay un banco en el que solo hay sentadas dos chicas. “Qué maduras parecen con esa ropa... Además, seguro que son súper listas y tú aquí, recién llegada de un pueblo que es casi una aldea... Se te van a comer viva. Vale, no dramáticas, acércate a sentarte y habla con ellas, en algún momento tendrás que hacerlo si no quieres quedarte sin amigos toda

la carrera...”. Te aproximas a ellas y carraspeas un poco para llamar su atención antes de decir, medio susurrando: “¿me puedo sentar aquí o se lo estáis guardando a alguien?” En seguida te hacen un hueco sonriendo mientras te miran, aunque no te das cuenta, esperando que digas algo, con los mismos miedos e inseguridades que tú. Al fin, una de las tres se anima a dar el primer paso.

Esperemos que esta clase dure algo más, que la otra ha acabado en apenas media hora... Por cierto, me llamo Celia, ¿y vosotras?

Y así comienza todo, hermanita, ¿lo ves? No hay que tener miedo. Empezarás con una conversación incómoda y un cóctel interior de muchos nervios, una pizca de terror, un poco de angustia y un mar de inseguridades.

Yo ahora, cuatro años después, recuerdo ese día y casi puedo ver cómo se empiezan a unir y entrelazar los hilos de todas las relaciones que he creado, algunos con nudos tan apretados que sé que no se soltarán nunca. Recuerdo todas esas personas que han sido y serán como mi familia, las risas juntos, las fiestas y las cervezas, las escapadas de clase y los días que hemos llegado de empalme y con resaca a primera hora; el estrés y la inquietud en época de exámenes, el apoyo, los cientos de trabajos, los apuntes compartidos y la piña para estudiar todos juntos hasta el último minuto. Los profesores más

latosos, pero, sobre todo, los más bonachones y divertidos, los que se han esforzado cada día para darnos no sólo conocimientos, sino lecciones que nos servirán toda la vida, los que han conseguido que me gusten asignaturas que pensaba que odiaría y los que se han aprendido mi nombre aunque éramos tropecientos alumnos en clase.

Dicen que “la vida universitaria es la vida mejor” y yo, que la acabo de terminar, creo que es verdad. Así que, Laura, vívela mucho, aprovéchala, experimentala, libérate, arriésgate, sé valiente y disfruta.

Carta de amor y recuerdo

MARC CABALLER GALCERÁ

Han pasado cuarenta inviernos este verano, pero todavía me acuerdo de ti. Todas las mañanas me miro en el espejo y recuerdo las cosas que una vez dijeron de nosotros. Me dijeron que jamás te olvidaría, que disfrutase mientras pudiera, que era joven y afortunado. Ahora sé que, en efecto, lo era.

Ahora recuerdo esos tiempos, esas clases, esas cervezas después de las clases; colgar la mochila al hombro y dejar las sillas temblando para llegar al último seminario, a la última conferencia, al último congreso, a las clases de salsa en primero, a las de tiro con arco en segundo, a las de poesía en tercero. Siempre juntos.

Recuerdo mudarme a la ciudad durante cinco días y volver el sábado para comer con mi madre, con mi padre, con mi hermano, con mi abuela... y tener esas ganas terribles de volver

a verte. Tú hiciste que los lunes fueran el mejor día de la semana. Sí, he dicho los lunes. Desde entonces nunca volvieron a ser iguales.

Recuerdo esas noches: llegar a las once, a las doce, a la una. Recuerdo llegar más cansado que hambriento, levantarme a las siete de la mañana, vivir corriendo, correr comiendo, comer estudiando, estudiar durmiendo. Las veces que me hiciste sufrir, las veces que no me dejaste descansar, pero no importa, no importa en absoluto, todo está perdonado ya. Te echo de menos. Te extraño y te añoro cada día, frente al espejo, mientras desayuno, cuando leo...

No me malinterpretes, también hubo momentos felices. Recuerdo suspender un examen y aprobar otro, sacar una matrícula y llamar a casa para celebrarlo. Sí, también hubo momentos felices. Los más de ellos. Me hacías muy feliz, demasiado, demasiado... Por tu culpa debía de parecer un tonto, con esa sonrisa de soñador, un poco taciturno, un poco payaso, despistado, ridículo a veces, pero siempre me dabas motivos para seguir adelante.

Recuerdo bostezar en un despacho, en una tutoría, en una revisión. Y salir corriendo, fumar ese cigarro, dejar el tabaco, dejarlo para siempre, beber otra cerveza, la ansiedad, el éxito, el fracaso... Pero tú me provocabas una emoción ingenua y un poco imprudente. Tú eras el sol y yo era Ícaro, pero no me quemabas.

No, tú no me quemabas. Creo que también me querías, me cuidabas, me transmitías la sensación de que esos eran los mejores años de mi vida. No sabría cómo agradecer todo lo que hiciste por mí.

Mañana cumpliré sesenta y cinco, y de aquello, de todo aquello, es de lo primero que me he acordado cuando me he levantado: de esos años, de esas mochilas, de esos apuntes, de ese correr, de esas escaleras, de esa puerta, de esa calle, de ese bar que ahora está cerrado, de ese llorar, de ese reír, de esa fiesta, de ese trabajo, de ese concierto, de ese cine, de ese gato, de esa biblioteca, de ese libro, de ese viaje, de ese profesor, de ese amigo, de esa compañera, de ese tren, de ese café, de esa cena, de esa manifestación, de ese abrazo, de ese beso...

Quizá nos podamos volver a encontrar algún día, más bien pronto. Sí, pronto. Ha sido un verano de cuarenta años, pero todavía no es demasiado tarde para nosotros... Quizá me dejes cruzar tus puertas una vez más, quizá puedas volver a abrazarme con tus paredes, enseñarme cosas nuevas. Todavía no es demasiado tarde, y me gustaría volver. Sí, ahora que voy a tener tiempo me gustaría volver a verte, caminarte los pasillos, llegar el primero a clase y salir el último para quedarnos a solas. Sí, quiero volver a sentarme en tus sillas, acariciar tus pupitres, escuchar tus voces, volver a tomar apuntes,

reírme contigo, tomarnos un café en tu terraza, “en nuestra terraza”, leer un libro en tus jardines, acariciar tus balaustradas, tumbarme en tus bancos, dormirme un rato. ¿Volverías a cuidar de mí?

Quiero volver a sentir tu mano cuando se me caen los bolígrafos al suelo, quiero que nuestras miradas se encuentren de nuevo, que te sonrojes, que se me empañen las gafas... Sí, ahora llevo gafas. El tiempo no me ha perdonado. En cambio, tú pareces más joven cada día que pasa: tienes paredes nuevas, profesores nuevos, cristales nuevos... Estás mejor que nunca, pero tan hermosa como siempre.

Algún día yo me marcharé y tú seguirás aquí, haciendo lo que mejor sabes hacer, incansable, como el primer día. No, no creas que me duele; me hace feliz saber que tú me sobrevivirás. Eres buena, eres buena... los jóvenes te necesitan, hoy más que nunca. Te necesitan como yo te necesité un día. ¿Qué habría sido de mí sin ti? Pero déjame volver a verte una vez más. No importa la ciudad, sé que puedo encontrarte en cualquier parte. Hazme feliz, hazme feliz. Todavía podemos recuperar el tiempo perdido. No quiero marcharme sin despedirme de ti.

Siempre tuyo
29 de noviembre de 2056

Torrijas

SABELA BARREIRO GARCÍA

Desde que Gregorio se presentó en casa con una caja de torrijas de “El Brillante”, Carmen no había apenas descansado y menos aún probado los famosísimos dulces que tanta expectación generaban en su casa por aquellas fechas.

Hacía días que no salía de su cuarto, enfrascada en libros y ahogada en vasos de café. Y como su tío era el dueño de una de las pastelerías más famosas de la ciudad, se propuso hacer sonreír a su querida sobrina tan agobiada por los exámenes finales.

Cada café iba acompañado de un pedacito de aquel pan dulce y frito. Al final de la semana se amontonaban como un castillo medieval en la esquina opuesta a los libros de biología y la habitación de Carmen no era más que una inmensa nube con olor a canela.

Cariño, vamos a salir a pasear y comeremos en casa de los abuelos... –dijo Rosa con un

hilo de voz y media cabeza asomada tras la puerta.

¡¡¡Pasadlo bien!!! –gritó Carmen como despedida sin levantar siquiera los ojos de los apuntes.

Los dos meses siguientes se convirtieron en una pesadilla para la familia Moreno. Y no solo porque Carmen se enfrentaba a la temida prueba previa a la universidad, sino porque se respiraba un ambiente tenso de continuo silencio y conversaciones fugaces en los pasillos.

Todo se relajó a partir del mes de junio. Las notas salieron, el sacrificio mereció la pena. Carmen había conseguido plaza en la Facultad de Medicina. Sería la primera médica de la familia y la tercera en cursar estudios superiores de todos los Moreno.

Quería que sus padres se sintieran orgullosos, ser aceptada en los grupos de intelectuales con los que soñaba desde el colegio y tenía unas ganas incontrolables de salir de aquel barrio humilde que en el fondo odiaba.

Se pasó el verano fotocopiando libros y solicitando becas. A los dos días de empezar las clases sabía que aquel sería su lugar en el mundo. Que lo que quería realmente era conocer a gente que tuviese intereses comunes, vivir rodeada de libros y asistir a conferencias diferentes cada semana. Carmen estaba tan ilusionada

con su nueva vida que prometió a sus padres visitarlos cada fin de semana, sin imaginar que sólo podría cumplirlo durante el primer mes de carrera.

Le apasionaba la Biología Celular tanto como a Rafa, y ya en el primer cuatrimestre había encontrado en él un increíble compañero de estudio. Ambos disfrutaban de las horas en la biblioteca, los bocadillos de la cafetería bajo el sol en sus descansos de quince minutos y compartían el sueño de labrarse un futuro y volar lejos.

Una tarde en la que Carmen decidió quedarse en casa estudiando, encontró una nota entre el montón de apuntes. Decía “Enhorabuena por tu aprobado en Bases Moleculares. Todo esfuerzo tiene su recompensa. Sabía que lo harías genial”.

Se quedó pensando en quién podría ser el mensajero misterioso y de inmediato descartó ideas fantásticas. Rafa estaba detrás de aquello. Él era prácticamente su único amigo en la universidad, con quien había estudiado para aquel examen y sin duda el único que podría tener acceso a sus apuntes. Encendió el móvil para escribirle un corto agradecimiento pero se distrajo con otras aplicaciones y Rafa no recibió ningún mensaje de Carmen aquella tarde.

Pasaban los días y las semanas. La familia Moreno apenas tenía noticias de su hija, que no

comía en casa los domingos desde hacía meses, poniendo la misma excusa una y otra vez. Como Rosa y Paco no habían ido a la universidad, asumieron que no ver a Carmen durante tanto tiempo era un sacrificio para todos. Aun así, nunca le faltaron cajas llenas de delicias y algunos dulces de “El Brillante” que le hacían más llevadera la ajetreada vida de estudiante.

Cuando los primeros exámenes finales se acercaron, la notita entre los apuntes se había esfumado de su memoria para dejar paso a nombres de fármacos y huesos del cuerpo. Estaba colocando los subrayadores de colores sobre su sitio reservado junto a la ventana en la biblioteca cuando le sorprendió un pequeño texto escrito sobre la madera: “Te sienta fenomenal ese pañuelo. Deberías ponértelo más y olvidarte de lo que piensen de ti”.

Carmen miró sonriente a sus compañeros de mesa y ellos le devolvieron una leve inclinación de cabeza, para nada divertida. No sabían nada... ¿Entonces quién?

Tener que descartar a Rafa porque estaba celebrando en Luque el cumpleaños de su sobrina le hizo perder media hora cavilando e intentando hallar la solución. Al darse cuenta del retraso en su planificación meticulosa de la tarde de estudio, se obligó a hacer como si nada de aquello hubiera pasado. Fue a despejarse unos minutos más antes de ponerse en serio cuando... ¡bum!

No podía creer que otro mensaje secreto hubiese llegado hasta el espejo del baño. Allí, escrito con una caligrafía cada vez más familiar, se podía leer: “Date un respiro y dedica tiempo a lo que de verdad importa. Antes de que sea tarde”.

La broma dejó de tener gracia en el momento en que Carmen sintió que era una amenaza camuflada. Su primer impulso fue llamar a casa y contar lo ocurrido, pero le pareció que tendría que dar demasiadas explicaciones y optó por Rafa.

Sé que parece difícil de creer... —Carmen sonaba cada vez menos convincente.

Tranquila, yo te creo. Quizás deberías tomarte en serio esos consejos. Estás muy agobiada con los exámenes finales y el estrés puede volverse en tu contra. —contestó Rafa, feliz de que por primera vez estuviesen hablando de algo personal al margen de los estudios.

Carmen consiguió recuperar el tiempo perdido estudiando en la biblioteca hasta que la echaron cuando ya iban a cerrar.

A la mañana siguiente, en una de las tutorías semanales, estaba tan cansada que tuvo que entrecerrar los ojos y leer por segunda vez lo que estaba escrito en la pizarra: “La carrera de Medicina forma parte de tu vida, pero no es TODA tu vida”. Definitivamente estaba sufriendo alucinaciones. Su lado crítico descartó la idea al

segundo, pero su parte irracional siguió dándole vueltas a esos consejos que parecían llegar en el momento oportuno.

Aprobó los exámenes con buena nota y menos autoexigencia, sabiendo qué haría durante las vacaciones de verano. Pidió a su familia cenar en aquella taberna con la mejor tortilla de patatas de toda la ciudad para celebrar su primer curso como casi médica. Su barrio le pareció distinto, y por primera vez vio con otros ojos a su familia: trabajadora, humilde y luchadora. Volvió al obrador de su tío Gregorio.

Entre harina y mantequilla, se sintió feliz de nuevo.

Y la historia se cierra tal y como se abrió, con un embriagante olor a canela y un último mensaje en el papel que envolvía la torrija que Carmen estaba a punto de llevarse a la boca:

“Tu yo del futuro está orgulloso de que hayas aprendido la lección a tiempo. Echarás de menos los años de universidad, porque son los mejores. Pero no te olvides de quienes te ayudaron a llegar hasta donde estás ahora y los que te hacen feliz cada día (y, sobre todo, no te olvides de Rafa)”.

Aquel piso húmedo

PEDRO RODRÍGUEZ VILLAR

Sopla norte y el viento viene frío. Huele a invierno, aunque el verano se despidió no hace muchos días. La humedad se pega a las paredes con ansia, sabe que será una estancia larga, por lo menos hasta que la primavera temprana traiga unos días que secan y engañan a los abrigos. Samuel se afana con el radiador mientras ve en Internet un tutorial de “Cómo purgar los radiadores”. El narrador explica con su alegre y latino acento los pasos con una facilidad pasmosa, pero en la realidad la llave del radiador no gira tan bien. A sus 18 años es la primera vez que está fuera de casa y que tiene que asumir estas labores del hogar. En su casa, su padre, desde pequeño se ganó el apodo de manitas, es el que acostumbra a arreglar estas cosas.

Samuel pega el oído al frío del acero viejo esperando escuchar cómo fluye el agua. Nada.

Vuelve a coger la moneda de dos euros de su cartera e intenta girar la llave del radiador de nuevo. No es la mejor herramienta, pero en las dos maletas repletas que se trajo a Santiago de Compostela, no contemplaba ninguna llave inglesa. Ni lo pensó. Tarda, pero finalmente la llave cede y el rumor del agua recorre el acero. Las manos de Samuel están al rojo vivo y el surco rayado de la moneda recorre sus palmas. Respirando de nuevo y descongestionando su esfuerzo sonrío. Por fin.

El agua cae de golpe, en chorro y fría. Moja los pies de Samuel provocando un escalofrío y una maldición que retumba en todo el piso. Raúl entra en la habitación corriendo. Basta una mirada para darse cuenta de la situación. Samuel, de espaldas al radiador, respira frustración y mala leche. Después del silencio de aclimatación se ríe con esa manera suya de sonreír, una que hipnotiza e irrita por igual. Es el mejor amigo de Samuel, son compañeros de pupitre de toda la vida y ahora los dos se han instalado en Santiago para estudiar filosofía. Al contrario que él, su amigo ha vivido muchas veces fuera; un año en Inglaterra de intercambio y seis meses en Francia con una beca de inmersión lingüística. Se enfada con su risa. Está seguro de que Raúl piensa que le está costando esto de vivir lejos de papá y mamá.

Poco después llega Otto, un joven alemán con unos rizos amarillos que bailan sobre su frente cuando se mueve, y con su pobre español pregunta si está todo bien. Raúl le explica en inglés la situación y el estudiante de tercer año de ingeniería industrial se une a las carcajadas que retumban en la habitación. Las sillas son secas, serias, más comedidas. “Esto sí que lo entiende el cabrón”, piensa Samuel con resignación. Siente la humedad en el ambiente y en sus pies descalzos y mojados. Las risas empujaban una habitación, ya por sí pequeña, y la transforman en un lugar hostil que, como la ciudad desconocida, le da miedo. Lleva dos días y ya tiene ganas de volver.

Su viejo portal está exactamente igual. Mantiene su aspecto decadente de barrio periférico. La pintura blanca que lo rodea está comida por la erosión y su puerta de metal rojizo parece enferma de oxidación. La nostalgia invade a Damián, mientras Lúa lo agarra de la mano con fuerza. A la niña de cinco años, acostumbrada a la riqueza del barrio bohemio de Múnich donde viven, parece no gustarle ese lugar. Mira a su padre extrañada, mientras espera a que su madre llegue con su larga melena rubia a por ella. Quiere que la coja de la mano y la vuelva a subir al avión para llevarla a la casa de sus abuelos en la Selva Negra. Los echa de menos

y tiene ganas de volver a dar de comer a los animales en la granja. Aunque sabe que eso no será posible porque su trabajo la obligó a quedarse en Alemania. Damián tira de la mano para romper la resistencia de Lúa. Se acercan al portal y después de dudarle un rato pulsa el 2A con fuerza. Es estúpido, pero no puede volver a Alemania sin hacerlo.

El clima de carcajadas y tensión instalado en la habitación de Samuel se rompe con el agudo timbre del telefonillo. Samuel desvía la mirada de Raúl y responde rápidamente. Necesitaba salir de esa habitación.

—¿Quién es? —pregunta Samuel alzando la voz para que sus compañeros olviden el radiador.

—Hola. Sé que esto va a sonar raro, pero yo he vivido cinco años en este piso y me gustaría enseñárselo a mi hija pequeña. Sé que sueno como un loco, pero me gustaría tanto revivir los momentos que viví ahí —Samuel sorprendido tarda en responder y Damián ante el silencio vuelve a la carga —Entiendo que no te fíes, pero si quieres podrías bajar al portal y conocernos a mi hija y a mí.

—Hola. La verdad es que suena bastante raro. Deme un segundo que lo consulto con mis compañeros de piso.

—Vale.

Samuel cuelga el telefonillo y aún sorprendido les explica la extraña petición a sus compañeros. En realidad, se lo explica a Raúl porque Otto no habla nada ni de gallego ni de castellano. Su amigo también se sorprende, pero le parece idílica la idea de dejarlos subir y conocerlos. Seguro que el piso guarda secretos que aún no conocen, se repite y le repite a Samuel. Traduce todo a Otto y antes de dar el sí definitivo miran por la ventana para ver al padre y a la niña. El hombre debe tener cerca de cuarenta años y viste con un abrigo gris hasta la rodilla. Rezuma una atmósfera de formalidad, potenciada por las canas que se adueñan de sus tonos negros en lugares estratégicos. La niña rubia, casi platino, no parece de aquí.

Damián sube las escaleras gastadas del edificio nervioso con una Lúa que se mueve con pereza y desgana. Recuerda la primera vez que arrastró las maletas por allí porque el ascensor no funcionaba. Era raro el día en el que funcionaba. Lo hacía temeroso, pero lleno de ilusiones a las que le da miedo volver por su aroma a fracaso. Echa de menos soñar y luchar contra la preocupación. Entra por la puerta dando la mano a los tres jóvenes. Lena les saluda en alemán y, sorprendentemente, uno de ellos les

responde con un alemán perfecto. La nostalgia lo invade mientras Samuel, Raúl y Otto escuchan los secretos de un piso marcado por generaciones de universitarios que vivieron entre sus humedades.

Nos veremos pronto

JUAN MANUEL CASTILLO MARTÍN

Todavía noto su sudor frío en mi cuello y su lengua desnuda en mi garganta. Jane se ha subido al bus con un último beso de despedida. Vuelve a los Estados Unidos, su país natal, tras sacar doce matrículas en doce asignaturas en un año de curso académico y tener la capacidad de salir conmigo cada noche durante nueve meses. Todo al mismo tiempo.

“*We will see us soon*”. Nos veremos pronto, me ha susurrado al oído. No sé yo. La beca que tenía concedida para estos cinco años me la he “fundido” entre transporte, alquiler, apuntes, fiestas universitarias y comer tres veces al día, que también es necesario para vivir.

Así que no creo que cruce “el charco”, aunque su recuerdo impregne de una fragancia melancólica mi camino de vuelta. Vuelvo a casa. Sí, vuelvo. Con mi *tupper* vacío, con la promesa de un trabajo incierto, con la ilusión y

la esperanza de haber crecido como persona en cada clase, en cada charla con mis compañeros; pero también, y eso me provoca nostalgia, con la seguridad de que apenas volveré a ver a todas aquellas personas que han conformado mi vida estos últimos cinco años.

Acabo de cerrar el piso, pero antes de entregar las llaves a su propietario y regresar a mi pueblo, apuro para echar un último vistazo al aula vacía, a la mesa que me ha visto evolucionar de adolescente a adulto. Está en silencio, tan solo se escucha el crujir de la madera ante las acometidas de las limpiadoras, que quieren dejarlo todo listo para el próximo curso. Comienza a despuntar el verano y en la calle hace tal bochorno que el trayecto hasta el bus se me va a hacer eterno de recuerdos y emociones.

Al pisar el asfalto, noto que las avenidas se han contagiado de mi absurda melancolía y permanecen inertes y plomizas, mientras mi mano saca del bolsillo el último tesoro que me queda en esta ciudad que se difumina como un viejo cuadro impresionista.

“Nos veremos pronto”, me vaticina también el casero mientras le entrega mi llave a un nuevo estudiante imberbe. Esa frase tan manida y usada que sale de nuestras cuerdas vocales sin que la hubiéramos pensado previamente, nos la hemos dicho demasiadas veces antes de partir cada amigo por un camino distinto y una maleta a cuestas.

Cuando llego a la estación, subo la mía al maletero del autobús y dirijo por última vez una mirada a la ciudad y a la universidad, que se ve a lo lejos despidiéndose de mí. Tan lejos como Jane y el resto. Pero me están esperando y ya me toca volver a casa.

“Nos veremos pronto”, me susurro a mí mismo entre lágrimas, autoconvenciéndome de que, a lo mejor, algún día, volveré a vivir de nuevo la maravillosa vida universitaria.

Una eterna estudiante universitaria

LIZDARIBETH JOSEFINA TORREALBA HERNÁNDEZ

El día llegó, tan temprano como el sol en el amanecer. Yo estaba contenta pero asustada a la vez, temía desconocer los presupuestos que ya mis compañeros sabían, eran ellos muy adultos y algunos con cabellos blancos y títulos universitarios alternos; en cambio yo, alejándome de la adolescencia y esperando solo cuatro meses para ser mayor de edad, me disponía un sábado a las 7 am a presentarme al frente de todos mis compañeros y del primer profesor universitario que vería a mis 17 años.

Entendía que había iniciado la vida universitaria, pero no sabía qué me depararía dicho mundo. Me cuestionaba frecuentemente si había elegido bien mi carrera o si estaba en el camino incorrecto; empero, solo estaba segura de que era joven y que la universidad estaría siempre para mí como una madre que abraza a

su hijo sin importarle su edad. La universidad es una especie de magia eterna; el universo en la tierra que dispone al ser humano toda la variedad de conocimientos existentes.

Luego de haber terminado mi primera clase universitaria me encaminaría yo a regresar a mi casa. Recuerdo haber tomado una escalera eléctrica que dirigiría al metro, en ella se colaba un rayo de sol que entraba por la rejilla de la estación, coloreándose ante mis ojos un tenue amarillo azafrán. Nunca podré olvidar ese momento tan figurativo, donde me sentí confundida, pequeña ante la grandeza de la universidad, ¡Tanto que ese día me subestimé! Había sido fuerte mi primer encuentro universitario, mis compañeros sabían más, argumentaban, ejemplificaban, e incluso, refutaban, parecían filósofos debatiendo con sofistas, mientras yo solo escuchaba sin entender. En esas escaleras me cuestioné: ¿Será esto para mí?

Había elegido una carrera fuerte, donde se requería leer y pensar día y noche, era una carrera atípica pero muy hermosa; de hecho, la elegí porque no era muy común entre las opciones de los estudiantes, ¡Aunque pensándolo ahora, creo que la preferí por curiosidad! Mi carrera tenía una gran ventaja, era presencial y dictada una vez a la semana, es decir, solo tendría que ir a estudiar a la universidad los sábados; pero mi mamá un poco preocupada por todo el tiempo

de ocio que tendría me dijo: “Tienes una semana entera libre, tendrás que trabajar”. Al oír eso me desconcerté, pues no me sentía preparada para trabajar, pero sí para estudiar.

La verdad es que el mundo académico me atrapó, las universidades me embelesaban, pues me hacían sentir plena y culta; por ello, decidí postularme en otra universidad, así tendría ocupada toda la semana, solo libraría el domingo. Pero caramba, ¿el domingo era para descansar o para hacer mis tareas universitarias? Pues el domingo resultó ser un híbrido de quehaceres, dormía hasta más no poder porque toda la semana y el sábado tenía que despertarme a eso de las 6 am, aunque paradójicamente me acostaba muy tarde porque eran muchas tareas, al fin y al cabo, estaba cursando en mi primer semestre alrededor de 13 asignaturas incluyendo griego.

Al ser admitida en mi segunda carrera salté de emoción; de hecho, sentía que había un gran balance en mi vida, pues eran carreras distintas que se complementarían al final. ¡Yo amaba la universidad, era mi segunda casa! Ambas eran especiales para mí, pero cada una tenía particularidades: una era concurrida, grande y con un jardín frondoso para la especialidad de Biología; otra, era más solitaria, con un fresco aire y con una vista magistral hacia una montaña que ilustraba poesía. Amaba estar en ellas, conocer gente y aprender.

Poco a poco fui haciendo de mis dos universidades mi templo sagrado, allí me sentía confiada, respetada y viva; sentía identidad con cada una de ellas, miraba yo sus paredes, sus columnas, olía el café que salía de sus cafetines y hasta tocaba las grietas de sus paredes viejas. Me sentía cual peripatética en la Academia de Aristóteles; disfrutaba caminar en los largos pasillos ¡Ay, qué recuerdos, siento que fue ayer! Despertaba soñolienta, pero bastaba entrar en el seno de cada una de mis universidades para empaparme de genio, juicio y alegría.

Pero ¿todo fue así de sencillo? ¡La verdad, no! Empero, ¿quién dijo que la universidad era fácil? Mis ojeras eran tan pronunciadas que parecían bolsitas llenas de bellas amatistas; aunque en realidad es que madrugaba haciendo mis tareas. Pero ¿les digo algo? No había un placer más grande que el haber madrugado para luego recibir un buen aprendizaje y reconocimiento; bueno, el problema es que yo madrugaba más de lo que dormía, aunque luego entendí que era noctámbula, pues la musa llegaba a mí a la 1:00 am o 2:00 am; no obstante, el clímax de mi sabiduría era de 3:00 am a 4:00 am.

Tampoco fui eximida de profesores estrictos, aunque con ellos también mantenía una muy buena relación. Siempre me imaginaba siendo profesora de alumnos brillantes, respetuosos y dispuestos a aprender; creo que esa fue

la clave de mi éxito con cada uno de mis profesores ¡Unos sabios!

Siempre había escuchado decir “Estudia, estudia y gradúate en la Universidad, solo así serás grande” pero creo que la frase ideal sería “Estudia, estudia, ama tu universidad, tus profesores y tu carrera, solo así retribuirás al mundo los conocimientos aprendidos como señal de agradecimiento hacia tu universidad”.

Nunca imaginé que la niña de 17 años que se presentó tímida en su primera clase universitaria ante sus compañeros, seis años después sería profesora de tres asignaturas importantes como: Filosofía de la Historia, Bioética y Estética II. Tampoco imaginé que esa niña, la cual tocaba Viola en una orquesta académica haya podido hacerle honor al arte que ejecutaba: La Música.

Así es, la estudiante madrugadora de ojeras pronunciadas que obtuvo dos títulos universitarios es la adulta del presente que escribe este bello relato, para recordar lo fuerte pero espléndido que fue estudiar Filosofía en una universidad donde los filósofos de toda la historia daban genio a mis pensamientos, y que tan deslumbrante fue haber recibido el título de Summa Cum Laude como Profesora de Música en una universidad donde los jardines eran escenarios perfectos para los más bellos conciertos que brindaban las chicharras, grillos y aves a los estudiantes circundantes.

¿Habré elegido bien mis carreras? ¡De eso estoy segura! Pero de lo que no puedo dudar, es de que no pude elegir mejor lugar para ser lo que soy hoy: ¡mis dos universidades! Las mismas que me hacen recordar siempre qué tan feliz fui en mi temprana adultez. Hoy, que me encuentro al norte alejada de mi país, hay algo que aún me une a la vida universitaria, aquel mundo que no pensé en dejar cuando opté por emigrar a Canadá; por ello, decidí convertirme con el apoyo de mis profesores en la primera estudiante de la Maestría en Arte Mención Estética que está realizando su carrera a distancia; estudio de posgrado realizado en mi segunda universidad que combina aquellas dos carreras de pregrado que atraparon mi mente y corazón cuando solo tenía 17 años. Así, mi vida académica no tiene un punto final, solo suspensivos, pues no hay nada más feliz y nutritivo que ser una eterna estudiante universitaria.

Maldito trabajo

SILVIA MARTÍNEZ LÓPEZ

Me llamo Irene Rodrigo, estudio tercero de Literatura Universal en la universidad y la semana pasada mi profesor nos mandó un trabajo sobre libros relacionados con las artes oscuras, centrándonos en Lucifer y las referencias al diablo. No era un tema que me apasionara, pero era una parte fundamental de la asignatura, así que no tuve más remedio que documentarme.

El día que fui a la biblioteca estaba lloviendo y el cielo estaba completamente negro. Clima perfecto para buscar libros satánicos. Empecé por la historia de Lucifer, la luz de Dios, el ángel preferido que con su ambición y celos por su creador proclamó una guerra que terminó en su expulsión de los cielos y la creación del temido infierno para los cristianos. Anoté la información y hojeé *El paraíso perdido* para después continuar con la *Divina Comedia* donde me centré en la parte del Infierno. La división

de los círculos y los pecados me parecía interesante, pero no ahondaba en la figura que me importaba. Devolví el libro y rebusqué en las estanterías. De repente, como si en un susurro me llamara, vi un volumen que no había visto antes. Era negro, encuadernado en cuero y sin autor ni título en la portada. No estaba catalogado y eso me extrañó. Debería habérselo dicho a la bibliotecaria, pero la curiosidad fue más fuerte en mí. Lo abrí, o más bien él se abrió solo. En la primera página, con letras doradas, había una única palabra: *Delomelanicon*. No había escuchado esa palabra anteriormente, ya he dicho que nunca me ha atraído lo esotérico, por lo que tuve que realizar una rápida búsqueda en internet. Lo que encontré me heló la sangre. Ese era el mismísimo libro escrito por el príncipe de las tinieblas, Satán, Belcebú, Lucifer, como quisiera que se llamara. Dejé caer el texto con un estrepitoso ruido y salí corriendo, dejando estupefactos a los alumnos que estaban estudiando en silencio. No me inquietaba lo que pensarán de mí, yo solo sentía que tenía que escapar de allí y de ese maldito libro.

Esa noche dando vueltas en la cama decidí que no haría el trabajo, ya encontraría la forma de recuperar la nota. Intenté descansar, pero no podía dormir. Mi conciencia me repetía una y otra vez que estaba mal que dejara de hacer un trabajo solo por la sensación que me produjo

un libro, y que tal vez solo fuera una broma del profesor. ¿Y si buscaba que indagáramos más en el asunto? Hasiada de luchar contra mí misma, me senté tras el escritorio y realicé un boce-to de lo que podía ser mi trabajo. Nada de libros demoníacos. Extraje de mi mochila los apuntes que había anotado y la deposité de nuevo en el suelo. Por el peso se volcó y vi de refilón el lomo de aquel extraño libro. Encendí todas las luces, temerosa de que la oscuridad atrajera al dueño de ese volumen. Yo no lo había depositado allí, eso había sido obra de magia, magia negra. Con mano temblorosa cogí la novela y la abrí. Me atrapó. No pude parar de leer: los cultos y los rituales de los devotos a Satán, hechizos, nigromancia y en la última parte, como dejando lo relevante para el final, la forma de invocar a Lucifer para hacer un pacto con él. Yo no creía en pactos con el diablo, aunque eran temas recurrentes en la literatura y tal vez basados en historias reales. Yo no podía hacerlo, así que devolví el libro a la biblioteca al día siguiente. Apareció de nuevo en mi bolsa dos días después. Ese trabajo me estaba volviendo loca y decidí apelar a mi profesor para que me diera otro tema a pesar de que tenía que entregarlo en pocas horas. Concerté una tutoría para esa tarde y me recibió un sustituto. Mi profesor había tenido que cogerse una baja porque había padecido un accidente de tráfico. El suplente era un

hombre bastante joven, alto, guapo y caminaba como si fuera dueño del mundo. Me indicó que me sentara enfrente de él y me estudió con una sonrisa cordial y amable que hizo que me relajara. Dejó que expusiera mi problema y cuando terminé me miró muy serio.

Está bien – me contestó con una profunda voz – Puedes hacer otro trabajo, pero a cambio de que no le digas nada al resto de tus compañeros.

Asentí. No tenía ningún inconveniente en guardar silencio. Él me dedicó una sonrisa enigmática y dejó que me marchara.

No volví a ver el libro, cambié de temática e hice el trabajo. Ya está. ¿Qué os creáis, que iba a hacer un pacto con el diablo?

La mejor etapa de tu vida

M^a DEL PILAR SÁNCHEZ SUERO

Esta historia es quizás de esas a las que estamos acostumbrados, con un principio algo atípico, que te seduce a querer saber más; un tiempo en el que las cosas se tuercen y, finalmente, un desenlace donde las cosas parecen encauzarse de manera reconfortante.

Esta es la historia de una chica cuyo máximo estaba en irse de su casa, empezar la universidad, comenzar de cero, conocer gente nueva. Todo aquello que le hiciera olvidar lo apagado y grisáceo de su vida anterior en un pueblo no muy pequeño al sur de la comunidad de Extremadura.

Esta es mi historia.

Mi infancia en el pueblo no fue del todo mala, más aún si la comparamos con lo que pudieron vivir mis dos hermanas mayores. No obstante, el tiempo avanza y no es compasivo con nadie; situaciones de las que antes no eras

consciente y vivías desde tu inocente burbuja de color rosa, ahora comienzan a tornarse en otro color, comienzas a comprender cosas que, tal vez no te habría gustado descubrir nunca. Y así es como ocurre uno de los fatídicos puntos de inflexión en la vida de cualquier ser humano: crecer.

Una serie de sucesos, amargos descubrimientos, decepciones con todo lo que te rodea y la necesidad constante de querer huir, se atenúan ante una leve luz al final del camino que cada vez cobra más intensidad: la Universidad. Ese período de tu vida que será lo mejor que vas a experimentar jamás, donde se te abrirán caminos nuevos, la posibilidad de conocerte a ti mismo, conocer aquellas personas que permanecerán para siempre en tu vida y un sinfín de ilusiones más que a cualquiera le despiertan las mayores esperanzas. Ese era mi soporte firme, algo a lo que agarrarme para seguir luchando todos los días pese a la dificultad que ello suponía.

Y un día, sin darte cuenta, llega. Llega el momento de partir, una mezcla de nervios, miedo, alegría e ilusión te invaden; pero también tristeza, pues siempre hay algo que te ata a esa vida anterior pese a que no hayan sido los mejores años y hasta le brindas la oportunidad de llenarte de dudas, inseguridad y pavor por salir de esa zona de confort en la que te hallas.

El primer año de Universidad transcurre de manera extraña para todo el mundo, pues nadie se conoce y no sabes muy bien a quien deberías acercarte. De repente, nada es como esperabas: se te hace todo cuesta arriba: las asignaturas, las personas, la emancipación... Creías que sería tan sencillo como llegar, conectar con alguien, comenzar una gran amistad duradera, estudiar juntos, sacar las mejores notas; sin embargo, nada de eso ocurre. Pero no pasa nada, es el primer año.

Siempre se dice que debes dejar atrás todo aquello que te hace daño y te impide avanzar. Este no fue mi caso. Sin quererlo, comencé a darme cuenta de que todo el mundo encontraba su sitio, un lugar estable en el camino que esta aventura supone; todo el mundo menos yo. Era el segundo año, miles de preguntas asaltaban mi mente: ¿por qué yo no?, ¿por qué a nadie le importo?, ¿seré tan poca cosa como para no interesar lo más mínimo a nadie? Miles de pensamientos negativos empiezan a adueñarse de ti poco a poco, cada vez más y sin darte cuenta. Comienzan los trabajos en grupo; cada mínimo detalle de este tipo para ti supone una nueva oleada de sentimientos oscuros que te hacen sentir inferior al resto. Es una enfermedad que te invade lentamente y tus pensamientos terminan por tomar las riendas de tu situación. No quieres mirarte al espejo, no quieres ir a clases,

no quieres ir a ese sitio en el que solo te sientes mal. Te preguntas por qué a ti; eres la persona que más ansiaba esto, la gran oportunidad para escapar de todo lo malo vivido anteriormente. En ese momento, sientes que todo se te viene encima y no te queda más opción que rendirte a tu destino.

Aun así, siempre fui una persona de mantener la esperanza viva, por leve que fuera. No obstante, llegó el día en el que esa llama terminó por apagarse. Jamás pensé que eso pudiera llegar a ocurrir, pero sucedió.

Ese día comenzaba las prácticas de una asignatura en particular. Como todas las cosas que me salían mal en aquel entonces, ésta no iba a ser la excepción. Las prácticas eran en un edificio alejado de la entrada en el campus, pero yo no lo sabía ni tampoco tenía contacto con nadie para saberlo. Me perdí, llegué tarde y cuando estuve frente a la puerta diez minutos después de comenzar la clase me paralicé: no era capaz de llamar y hacerme sentir el centro de atención de las miradas, ¿me echaría la bronca la profesora?, ¿pensarían algo raro sobre mí? Cualquiera circunstancia era buena en aquel momento para frenarme, paralizarme y hacerme sentir débil. Me marché. Escribí un correo a la profesora diciendo que estaba enferma y no podría asistir ese día, que ya lo recuperaría en otro momento.

Fui el siguiente día de prácticas con otro grupo. La casualidad fue que no iban a la par que el mío, estaban más adelantados y ese día les tocaba realizar una prueba. En ese momento viví una de las peores situaciones hasta el momento y fue la gota que colmó el vaso. Un vaso que se había ido llenando poco a poco y que en ese momento se derramó.

La profesora me preguntó frente a todos si no tenía relación con nadie para pedirle los apuntes y ponerme al día y me pidió que saliera del aula y volviera el próximo día para hacer la prueba con mi grupo. Me esforcé en reprimir las lágrimas que me estaban quemando por dentro y no pronuncié ninguna palabra que pudiera dar paso a que ese río de llanto comenzara su curso. Me fui, y con la intención de no volver más. Por el camino, el río desbordó, y sentía que era el momento, que aquella situación me había ganado la batalla y no podía más; desistí y decidí dejarme arrastrar por la corriente. No volvería jamás allí.

Sin embargo, la vida es caprichosa, y muy a menudo decide jugar contigo a su antojo. Nadie sabe si es por mera diversión o quizás porque considera que necesita darte ciertos golpes para que después aprendas a curarte de ellos. No me lo puso fácil. No fue como yo esperaba, llegar y topar con la felicidad que siempre había anhelado, tuve que ganármelo a base de duras

caídas. Y en este caos que es la vida, resultó que alguien tendió su mano y decidió ayudarme a salir de ese gran pozo oscuro en el que me hallaba. Y él, mi pareja, mejor amigo y gran cómplice, es la persona que incondicionalmente estuvo siempre a mi lado.

Y la profesora, la misma que por un momento sentí que me había hecho sentir lo peor, fue la que decidió no echarme una mano, sino tenderme la soga que me ayudaría a escalar y salir definitivamente de ahí. Pero esta es una historia más larga.



UCOPress
✻
Editorial Universidad
de Córdoba



UNIVERSIDAD
DE
CÓRDOBA

VICERRECTORADO DE
ESTUDIANTES Y CULTURA
Biblioteca Universitaria